

# PREDICANDO EL MISTERIO DE LA FE

**La homilía dominical**

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos  
Washington, DC

El documento *Predicando el misterio de la fe: la homilía dominical* fue elaborado por el Comité para el Clero, la Vida Consagrada y las Vocaciones de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB, por su sigla en inglés), en consulta con los Comités de Doctrina, el Culto Divino, Evangelización y Catequesis, Diversidad Cultural en la Iglesia, Asuntos Ecuménicos e Interreligiosos, Comunicaciones, y Asuntos Canónicos y Gobierno Eclesiástico. El documento fue aprobado por el cuerpo de obispos católicos de Estados Unidos durante su reunión general en noviembre de 2012 y ha sido autorizado para su publicación por el suscrito.

Monseñor Ronny E. Jenkins, JCD  
Secretario General, USCCB

Los textos de la Sagrada Escritura utilizados en esta obra han sido tomados de los *Leccionarios I, II y III*, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de septiembre de 2004. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de los documentos del Concilio Vaticano II han sido extraídas de la página Web oficial del Vaticano. Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición, © 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de *Misal Romano* © 1983, Conferencia Episcopal Mexicana.

Las citas del papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, copyright © 1975, Libreria Editrice Vaticana (LEV); papa Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, copyright © 1990, LEV; papa Benedicto XVI, *Spe Salvi*; *Sacramentum Caritatis*, copyright © 2007, LEV; papa Benedicto XVI, *Verbum Domini*, copyright © 2010, LEV; papa Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma 2011; *Porta Fidei*, copyright © 2011, LEV. Se reservan todos los derechos.

Las citas de la *Nueva Biblia de Jerusalén*, © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.

Portada, “Disciples on the Road to Emmaus,” Retablo de Maestra por Duccio di Buoninsegna 1308-1311 © David Lees/CORBIS

ISBN 978-1-60137-863-7

Primera impresión, enero de 2013

Copyright © 2012, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Se reservan todos los derechos. Ninguna porción de este trabajo puede reproducirse o ser transmitida en forma o medio alguno, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del propietario de los derechos.

# ÍNDICE

Introducción .....	1
I. Los fundamentos bíblicos para el ministerio de la predicación de la Iglesia .....	7
II. El ministerio de la predicación litúrgica .....	20
III. El ordenado para predicar .....	34
IV. La interpretación de las Escrituras y la preparación de la homilía .....	44
Conclusión .....	49

## NOTA ACLARATIVA SOBRE EL USO DE MAYÚSCULAS DE LA PALABRA “PALABRA”

Como “palabra” tiene múltiples usos —como por ejemplo, Palabra eterna, o palabra de Dios— es importante estar claros sobre cuál es el sentido teológico usado en el texto. Cuando “Palabra” aparece en mayúsculas, se refiere a la Palabra eterna, el Hijo único del Padre, que se encarnó de la Virgen María. Cuando “palabra” no aparece en mayúsculas, se refiere de una manera más amplia, a la palabra de Dios, que puede incluir las Sagradas Escrituras y la Tradición de la Iglesia.

# INTRODUCCIÓN

La Iglesia es la portadora de la palabra de Cristo al mundo a través de los siglos hasta que el Señor regrese. Por ello, en sus sacramentos, en su magisterio, en su liturgia y en la vida de sus santos, la Iglesia anuncia la palabra confiada por vez primera a los apóstoles con poder transformador.<sup>1</sup> Una de las maneras más importantes en que la Iglesia como Cuerpo de Cristo anuncia la dinámica palabra de Dios es por medio de la predicación de sus ministros ordenados, en particular en el contexto de la Eucaristía dominical.<sup>2</sup> La predicación es nada menos que una participación en el poder dinámico del testimonio apostólico de la misma Palabra que creó el mundo, la palabra que fue dada a los profetas y maestros de Israel, y la Palabra que se hizo carne.<sup>3</sup>

## Audiencia y propósito de esta declaración

Ofrecemos esta reflexión sobre la predicación a nuestros hermanos sacerdotes, quienes, en virtud de su ordenación presbiteral, participan de la misión apostólica de predicar el Evangelio de Jesucristo,<sup>4</sup> así como a nuestros diáconos, que pueden predicar la homilía de acuerdo con lo dispuesto en el derecho canónico como ministros de la Palabra.<sup>5</sup> También nos dirigimos a los responsables de la formación y adiestramiento de los futuros sacerdotes y diáconos, así como a los que conducen programas de educación continua para el clero, invitando a todos a tomar en serio esta reflexión sobre el ministerio de la

---

1 Véase *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC), nos. 2-3.

2 Véanse *Código de Derecho Canónico* (CDC), c. 767 §§1-2; *Código de Cánones de las Iglesias Orientales* (CCIO), c. 614 §§1-2.

3 Véase *Dei Verbum* (*Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*), no. 8: “Así, pues, la predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse hasta el fin de los tiempos... Lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree”. ([http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19651118\\_dei-verbum\\_sp.html](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651118_dei-verbum_sp.html))

4 Véase *Presbyterorum Ordinis* (*Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros*), II, 4.

5 Véanse *Directorio Nacional para la Formación, Ministerio y Vida de los Diáconos Permanentes en los Estados Unidos* (Washington, DC: United States Conference of Catholic Bishops [USCCB], 2005), no. 35, pp. 32-33; CDC, c. 764.

predicación en el contexto de la Eucaristía dominical en las circunstancias y necesidades especiales de nuestro tiempo.

Reconocemos que se puede autorizar a laicos cualificados a predicar en iglesias y oratorios, y estamos agradecidos por la manera en que enriquecen a la Iglesia a través de su anuncio de la palabra de Dios.<sup>6</sup> Esperamos que lo que se dice aquí también pueda ser útil para todos los que colaboran con el obispo y sus presbíteros en el ministerio de la divina palabra.<sup>7</sup> Sin embargo, nuestro enfoque en esta declaración está en la predicación de la homilía dominical, que se reserva al ministro ordenado y que ofrece una oportunidad ordinaria y urgente para que la Iglesia lleve el mensaje del Evangelio a su pueblo. La mayor parte de esta predicación se realiza en el contexto de la parroquia, pero somos conscientes de que la Iglesia se reúne en diversos ámbitos para celebrar el día del Señor: en capillas de hospitales, en prisiones, en entornos del ministerio universitario, e incluso en el campo de batalla.

Nos mueve a ofrecer esta reflexión el llamado del papa Benedicto XVI a renovar el ministerio de la predicación tras la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia” celebrada en octubre de 2008. En la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, el Santo Padre afirma que la palabra de Dios es una “fuente de constante renovación” en la Iglesia y un poder que será “cada vez más el corazón de toda actividad eclesial”.<sup>8</sup> Dada la importancia de la palabra de Dios, el Santo Padre reiteró su declaración hecha en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis* sobre “la necesidad de mejorar la calidad de la homilía”.<sup>9</sup> En dicho documento anterior, el Santo Padre había advertido también que la finalidad catequética de la homilía no debe ser olvidada.<sup>10</sup>

También somos conscientes de que en encuesta tras encuesta en los últimos años, el Pueblo de Dios ha llamado a una prédica más poderosa e inspiradora. Una dieta constante de homilías faltas de interés o mal preparadas es

---

6 Véanse CDC, c. 766; Norma complementaria de la USCCB al c. 766 ([www.usccb.org/beliefs-and-teachings/what-we-believe/canon-law/complementary-norms/canon-766-lay-preaching.cfm](http://www.usccb.org/beliefs-and-teachings/what-we-believe/canon-law/complementary-norms/canon-766-lay-preaching.cfm)); CCIO, cc. 608, 610 §4.

7 Véanse CDC, c. 759; CCIO, c. 608.

8 Papa Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (*La Palabra de Dios*), no. 1.

9 *Verbum Domini*, no. 59.

10 Véase Papa Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis* (*Sobre la Eucaristía*), no. 46.

citada a menudo como una causa de desaliento por parte de los laicos, y que lleva incluso a algunos a apartarse de la Iglesia.

## **La predicación de la homilía dominical y el actual contexto pastoral de la Iglesia en los Estados Unidos**

Hace treinta años, el antiguo Comité para la Vida y Ministerio Sacerdotal emitió el documento *Fulfilled in Your Hearing: The Homily in the Sunday Assembly* (*Cumplida delante de ustedes: La homilía en la asamblea dominical*).<sup>11</sup> Este texto ha demostrado ser muy útil en la vida y misión de la Iglesia, especialmente en la formación de predicadores. Sin embargo, nuevas circunstancias dentro de la Iglesia en este momento histórico nos llaman a seguir avanzando a partir de dicho documento anterior y reflexionar de nuevo sobre el ministerio de la predicación.

En los años posteriores a la publicación de *Fulfilled in Your Hearing*, la Iglesia, bajo la dirección del beato Juan Pablo II y el papa Benedicto XVI, ha hecho hincapié en la necesidad de abocarse a una “Nueva Evangelización”, un llamado a la renovación de la Iglesia expresado por primera vez por el papa Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*.<sup>12</sup> Para que la Iglesia cumpla su misión “a las naciones”, debe renovarse continuamente en sus propios miembros. En nuestros días, muchos católicos se han alejado de la participación activa en la Iglesia y necesitan también ellos escuchar de nuevo el Evangelio de Jesucristo y volver a comprometerse con el discipulado.

En el centro de la Nueva Evangelización está la renovada propuesta del encuentro con el Señor resucitado, su Evangelio y su Iglesia a quienes ya no encuentran atractivo el mensaje de la Iglesia. El papa Benedicto XVI ha presentado la Nueva Evangelización como el foco, la misión y el ministerio de la Iglesia de cara al futuro: “Redescubrir el puesto central de la Palabra divina en la vida cristiana nos hace reencontrar de nuevo así el sentido más profundo de lo que el Papa Juan Pablo II ha pedido con vigor: continuar la *missio ad gentes* y emprender con todas las fuerzas la nueva evangelización, sobre todo en aquellas naciones donde el Evangelio se ha olvidado o padece la indiferencia

---

11 USCCB, *Fulfilled in Your Hearing: The Homily in the Sunday Assembly* (Washington DC: USCCB, 1982).

12 Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* (*Sobre la evangelización en el mundo contemporáneo*); papa Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* (*Sobre la permanente validez del mandato misionero*), no. 3.

de cierta mayoría a causa de una difundida secularización”.<sup>13</sup> Para despertar este hambre y sed de la palabra de Dios en nuestro tiempo, tenemos que renovar nuestra predicación con fe viva, convicción firme y testimonio gozoso.

Al anunciar 2012-13 como un “Año de la Fe”, el papa Benedicto XVI declaró: “Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin”.<sup>14</sup> Más que nunca, por lo tanto, una finalidad cada vez más importante de la homilía dominical en nuestros días es agitar los corazones de nuestro pueblo, profundizar su conocimiento de la fe y renovar su vida de fe en el mundo y su participación en la Iglesia y sus sacramentos.

De hecho, la Iglesia en los Estados Unidos se enfrenta a una serie de desafíos que nos obligan a llamar a una renovada consideración de la misión de la Iglesia de anunciar la palabra de Dios. Sabemos, por ejemplo, que a través de la inmigración la población católica es cada vez más diversa en su composición cultural y étnica, y esta diversidad se encuentra en muchas parroquias, en particular en las zonas urbanas. Esta diversidad es una gran bendición para nuestra Iglesia y nuestro país, pero también plantea nuevos desafíos para los que predicamos en tales ámbitos.

Del mismo modo, estudios recientes han mostrado que muchos católicos, por una variedad de razones, parecen indiferentes o desafectos a la Iglesia y sus enseñanzas:

- Sabemos que el contexto social general en los Estados Unidos tiene un fuerte énfasis en el individuo y la elección individual, que a menudo eclipsa el sentido de comunidad o del bien común que es esencial para la vida cristiana.
- Lamentablemente, también, debemos confesar que la crisis de abuso sexual ha herido a la Iglesia, y este escándalo ha llevado a algunos católicos a desanimarse y abandonar la Iglesia.
- Mientras que nuestra sociedad es dinámica y nuestro país es bendecido con muchos recursos y oportunidades, hay marcadas polaridades en nuestra vida política actual y, por parte de muchos, un trasfondo de incertidumbre sobre nuestro futuro.

---

13 *Verbum Domini*, no. 122.

14 Papa Benedicto XVI, *Porta Fidei* ([http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/motu\\_proprio/documents/hf\\_ben-xvi\\_motu-proprio\\_20111011\\_porta-fidei\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/motu_proprio/documents/hf_ben-xvi_motu-proprio_20111011_porta-fidei_sp.html)), no. 15.



- El papa Benedicto XVI ha lamentado con frecuencia el espíritu de relativismo que domina las perspectivas de muchos en nuestro mundo occidental moderno, donde la verdad absoluta o los valores perdurables son considerados ilusorios, haciendo aún más difícil la predicación de la verdad eterna del Evangelio.
- Aunque muchas personas en los Estados Unidos siguen disfrutando de la abundancia de esta tierra, también hay un sentido de consumismo febril y un enfoque en la satisfacción material, en detrimento de los valores espirituales.
- Al mismo tiempo, la brecha entre ricos y pobres parece estar creciendo en nuestra sociedad, y una grave crisis económica impone un precio terrible.
- Si bien se han hecho avances para superar el pecado del racismo, todavía tenemos actitudes de prejuicio que violan la dignidad de la persona humana.
- Aunque muchos jóvenes adultos son idealistas y buscan la manera de ser útiles a la sociedad, también existe gran preocupación ante el hecho de que la participación de los jóvenes adultos en la vida de la Iglesia se ha reducido de manera significativa.

También reconocemos que muchos católicos, incluso aquellos que se dedican a la vida de la Iglesia y tienen hambre de una espiritualidad más profunda, parecen estar desinformados acerca de la enseñanza de la Iglesia y necesitan de una catequesis más vigorosa. En una época en que vivir una vida cristiana auténtica lleva a desafíos complejos, la gente necesita ser alimentada aún más por la verdad y la guía de su fe católica. Conscientes del contexto social presente, y dándose cuenta de la necesidad de una evangelización más profunda entre nuestra población católica, con renovado vigor los predicadores de la Iglesia deben inspirar e instruir a los fieles en la belleza y la verdad de la Tradición y la práctica católicas.

Creemos que las circunstancias actuales de nuestro mundo y el llamado a un nuevo espíritu de evangelización proporcionan una conexión entre *Fulfilled in Your Hearing* y el presente documento. El primero dio especial atención a la dinámica de componer una homilía dominical eficaz, sabiduría práctica que sigue siendo válida. Sin embargo, el homilista de hoy debe darse cuenta de que se está dirigiendo a una congregación que es culturalmente más diversa que antes, que está profundamente afectada por la agenda secular circundante y que, en muchos casos, está inadecuadamente catequizada. Por

lo tanto, la rica tradición teológica, doctrinal y catequética de la Iglesia debe impregnar correctamente la tarea predicadora en su ámbito litúrgico, pues Jesucristo debe ser anunciado en una forma nueva y con nueva urgencia, y la liturgia dominical sigue siendo el ámbito básico en el que la mayoría de adultos católicos encuentran a Cristo y su fe católica. En consecuencia, esta declaración prestará especial atención a los fundamentos bíblicos y teológicos para la predicación litúrgica eficaz y considerará la correcta conexión entre la homilía dominical y la liturgia y catequesis de la Iglesia.

Tenemos previsto que esta reflexión teológica y pastoral sobre la homilía dominical sea seguida por la publicación de recursos prácticos que ayuden a renovar el ministerio de la predicación de la Iglesia, tan urgente en este momento.

## **El enfoque de esta declaración**

Comenzaremos nuestra reflexión sobre la homilía dominical acudiendo primero a sus fundamentos teológicos y bíblicos. Así como *Fulfilled in Your Hearing* buscó inspiración en la dramática escena de la predicación inaugural de Jesús en el Evangelio de Lucas, también nosotros recurriremos al Evangelio de Lucas para nuestra reflexión sobre el ministerio de la predicación de Jesús, no sólo en el comienzo del ministerio de Jesús sino en el hermoso relato de los discípulos en el camino a Emaús con el cual concluye este Evangelio. A lo largo del texto consideraremos también otros ricos ejemplos bíblicos que ilustran el alcance completo de nuestro ministerio de la predicación.

Luego nos concentraremos en la interconexión intrínseca entre las Escrituras, la homilía y su contexto litúrgico, y la enseñanza y catequesis de la Iglesia. Aquí las necesidades pastorales particulares de nuestro tiempo que han suscitado el llamado a una renovada evangelización son un contexto importante.

Por último, concluimos nuestra reflexión con una consideración de la espiritualidad del homilista. Consideraremos las cualidades necesarias de un predicador eficaz, así como las exigencias impuestas a quien es llamado a la sagrada tarea de interpretar las Escrituras y predicar la homilía dominical. ¿Qué podríamos hacer como ministros de la palabra para desarrollarnos personalmente a fin de mejorar la calidad de la predicación en nuestros días?

# I. LOS FUNDAMENTOS BÍBLICOS PARA EL MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN DE LA IGLESIA

## **Jesús, el Verbo de Dios encarnado, y la misión de la predicación de los apóstoles**

El fundamento último para el ministerio de la predicación de la Iglesia llega a los primeros capítulos del Génesis, donde leemos que Dios, antes del principio de los tiempos, se revela a través de su Palabra creadora y poderosa. Como el papa Benedicto XVI señala en *Verbum Domini*, “La novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros”.<sup>15</sup> Ciertamente nuestra fe trinitaria profesa un Dios que, en su esencia misma de amor infinito, es relacional y se comunica a sí mismo. El Padre, desde toda la eternidad, nunca está en silencio. Él, en el amor del Espíritu Santo, habla eternamente su Palabra, que es su Hijo co-igual.

En el amor del Espíritu Santo, el Padre crea todo a través de su Hijo. Así, las Escrituras presentan la Palabra de Dios como todopoderosa, creando el universo que bulle de vida y belleza y, con los seres humanos como el pináculo de la creación material, los plasma como varón y mujer a su imagen y semejanza. Impulsado por el amor, Dios, por medio de su Palabra, da realidad y sentido a toda la creación. Las palabras poéticas del profeta Isaías captan esta convicción bíblica fundamental: “Como bajan del cielo la lluvia y la nieve y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, a fin de que dé semilla para sembrar . . . así será la palabra que sale

---

15 *Verbum Domini*, no. 6.

de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión” (Is 55:10-11).<sup>16</sup>

Como señala el Santo Padre en *Verbum Domini*, el paralelo del Nuevo Testamento con la reflexión sobre la Palabra creadora de Dios en el Génesis se encuentra en el prólogo del Evangelio de Juan. “En realidad, el Verbo de Dios, por quien ‘se hizo todo’ (Jn 1:3) y que se ‘hizo carne’ (Jn 1:14), es el mismo que existía ‘in principio’ (Jn 1:1)”.<sup>17</sup> A la luz de esto, la fe cristiana profesa que la Palabra a través de quien el Padre creó el universo y guía el curso de la historia humana es la misma Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros. Es Jesucristo, la Palabra encarnada, que salva el mundo a través de su Muerte y Resurrección, y da nueva vida al mundo por la efusión de su Espíritu Santo. Como refiere el papa Benedicto XVI en *Verbum Domini*, “Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret”.<sup>18</sup>

Por lo tanto, los Evangelios retratan sistemáticamente el poder divino de las palabras de Jesús. En la tumba de su amigo, “gritó con voz potente: ‘¡Lázaro, sal de ahí!’ Y salió el muerto...” (Jn 11:43-44). De rodillas junto a una niña que había muerto, dijo: “¡Óyeme, niña, levántate!” La niña, que tenía doce años, se levantó inmediatamente y se puso a caminar” (Mc 5:41-42). Con sus discípulos asustados en un barco durante una tormenta en el mar de Galilea, Jesús “reprendió al viento y dijo al mar: ‘¡Cállate, enmudece!’ Entonces el viento cesó y sobrevino una gran calma” (Mc 4:39). Precisamente porque es la Palabra divina, lo que Jesús habla cobra existencia.

Esta misión de anunciar la Palabra fue confiada a los apóstoles luego de la Resurrección. A través del don del Espíritu prodigado a la Iglesia el día de Pentecostés, los apóstoles comenzaron inmediatamente a anunciar el Evangelio a las multitudes presentes en Jerusalén (Hch 2:1-4). Esa dinámica y urgente misión de anuncio continuaría a medida que el Espíritu impulsaba a los apóstoles y otros misioneros a llevar el mensaje de Cristo Resucitado al mundo.

Aun así, hay una diferencia de naturaleza entre la predicación de Jesús y la predicación de los apóstoles. Jesús, aunque dando testimonio del Padre,

---

16 Las traducciones de las Escrituras han sido tomadas de los *Leccionarios I, II y III*, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, © 1987, quinta edición de septiembre de 2004; o si no, de la *Nueva Biblia de Jerusalén*, © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.

17 *Verbum Domini*, no. 6.

18 *Verbum Domini*, no. 12.

también da testimonio de sí mismo.<sup>19</sup> Los apóstoles, por su parte, dan testimonio no de sí mismos sino de Jesús. En efecto, Jesús se convierte en el contenido principal de su predicación. A partir de la predicación atribuida a Pedro en los Hechos de los Apóstoles, los textos del Antiguo Testamento remiten a Jesús, a su Muerte y Resurrección. En última instancia, el misterio pascual del Señor se convierte en la base de toda la predicación.

Que este tipo de predicación comience en Pentecostés no es casual. La predicación cristiana deriva del Señor Resucitado y encuentra su voz y su fuerza a través del don del Espíritu Santo. Como el mismo Pablo afirmó, “Nadie puede llamar a Jesús ‘Señor’, si no es bajo la acción del Espíritu Santo” (1 Cor 12:3). Y más adelante: “Dios envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ‘¡Abbá!’, es decir, ¡Padre!” (Gal 4:6). Esto define la tarea del predicador: posibilitar a toda la comunidad y a cada creyente individual recurrir al poder del Espíritu Santo y decir con todo el ser, “Jesús es el Señor”, y clamar a Dios, “¡Abbá, Padre!” Predicar a Cristo es en última instancia predicar “el misterio de Dios”, predicar a aquel “en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2:2-3).

## **La misión de Jesús como predicador de la Palabra**

Podemos pensar en nosotros mismos como aprendices de Jesús el Maestro y así inspirarnos y aprender acerca de la predicación con el ejemplo de Jesús mismo como se presenta en los Evangelios. Utilizando la técnica de la *lectio divina*, que el papa Benedicto XVI ha recomendado a todos los creyentes, podemos absorber más profundamente la belleza y el poder imponentes de las Escrituras.<sup>20</sup> Este método venerable de acercarse a las Escrituras, observa el papa, comienza con una lectura orante del texto bíblico, luego una meditación sobre su mensaje, seguida de una respuesta orante de nuestra parte acerca de lo que el Señor puede estar pidiendo de nosotros a través de este pasaje bíblico, y, por último, la contemplación de qué conversión del corazón y de la mente será necesaria para llevar el mensaje de la palabra a la acción en nuestra vida y la de los demás. Es ese movimiento de la atención orante a la palabra a la reflexión sobre su significado y al anuncio del mensaje en el discurso

---

<sup>19</sup> Véanse Lc 4:21; Jn 3:11; 5:31-47; 8:14-18; 10:25; 15:26; 1 Tim 6:13; 1 Jn 5:7-8.

<sup>20</sup> Véase *Verbum Domini*, nos. 86-87.

y la acción lo que afianza el ministerio de la predicación en sí y proporciona la lógica de esta afirmación.

## **El Reino de Dios como el tema central de la misión de predicación de Jesús**

El motivo central de la predicación de Jesús en los Evangelios sinópticos es su anuncio de la venida del Reino de Dios: “Después de que arrestaron a Juan el Bautista, Jesús se fue a Galilea para predicar el Evangelio de Dios y decía: ‘Se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios ya está cerca. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio’” (Mc 1:14-15). Las palabras de Jesús son una llamada dramática a la atención y respuesta. El momento que el pueblo de Israel había anhelado estaba a punto de aparecer. Jesús quería despertar a su pueblo de su letargo espiritual para que oyera la Buena Nueva de la salvación de Dios.

Lo que ahora está por llegar es el “Reino” o “Reinado” de Dios. La Biblia proclama firmemente que sólo Dios es el soberano de Israel; los monarcas humanos sólo pueden servir en nombre de Dios. Los repetidos fracasos de algunos de los reyes de Israel para administrar la justicia de Dios, especialmente a los pobres y vulnerables, y la corrupción espiritual de sus estructuras políticas a través de los siglos, condujeron al anhelo de que Dios mismo en última instancia llegara a liberar a Israel al final de los tiempos y a transformarlo en un pueblo santo, un pueblo que conocería la plenitud de la paz y la justicia, los frutos de la Alianza. El “Reinado” o “Reino” de Dios era una forma de hablar de la propia presencia redentora de Dios y, por tanto, significaría curación y perdón, justicia verdadera y paz duradera. Así, Jesús hace del Reino de Dios el tema central de su misión y enseña a sus discípulos a orar al Padre: “Venga tu Reino” (Mt 6:10).

Jesús mismo es la personificación del Reino de Dios. A través de sus palabras de verdad y perdón y sus acciones curativas durante su ministerio terrenal, Jesús anticipa ya la plenitud del Reino de Dios que se llevaría a cabo al final de los tiempos. Orígenes de Alejandría llamó a Jesús mismo la *autobasilea*, el “Reino en persona”.<sup>21</sup> Jesús, el Hijo de Dios encarnado, es la realización de las más profundas esperanzas de Israel: la perfección de la alianza, el

---

21 En el comentario de Orígenes sobre el Evangelio de Mateo, *Patrologia Graeca* XIII (1862), p. 1197. Véanse también las palabras de San Ambrosio, “Donde está Cristo, allí está el reino”, citadas en el CIC, no. 1025.

templo por excelencia, la Palabra profética suprema y la reunión del Dios fiel y el Israel obediente. Esta es la dramática Buena Nueva que Jesús anuncia al comienzo mismo de su misión en Galilea.

Todas las homilías eficaces tienen este sentido de urgencia y frescura, revelando la asombrosa belleza y promesa del Reino de Dios y del Jesús que lo encarna y lo hace realidad a través de su Muerte y Resurrección. El mensaje del Evangelio es verdaderamente una cuestión de “vida o muerte” para nosotros; no hay en él nada de rutinario o trivial. Si un homilista transmite sólo algunos ejemplos de sabiduría proverbial o buenas costumbres, o sólo un poco de conocimiento adquirido de su experiencia personal, puede haber hablado con precisión e incluso con utilidad, pero no ha hablado todavía del Evangelio, que en última instancia debe centrarse en la persona de Jesús y el poder dinámico de su misión en el mundo.

Puesto que el Reino de Dios está por llegar, la única respuesta adecuada es un cambio radical de corazón: “Arrepiéntanse y crean en el Evangelio” (Mc 1:15). La palabra griega que subyace detrás de “arrepentirse” aquí es *metanoiete*, que literalmente significa “cambio de mente” o “cambio de perspectiva”. Jesús invita a sus primeros oyentes a dejar el pecado, a cambiar su actitud, su forma entera de vivir, y ver ahora la realidad a la luz del Evangelio, la Buena Nueva de Dios. Es por eso que cada homilía eficaz es una llamada a la conversión. El anuncio del Reino a través de las palabras y ejemplos de la homilía, si es clara y convincente, lleva inevitablemente al oyente al deseo de ser cambiado.

La necesidad de arrepentimiento no significa que las homilías deban simplemente reprender a la gente por sus faltas. Este enfoque no suele ser eficaz, pues concentrarse en nuestra pecaminosidad, sin acompañar la seguridad de la gracia, por lo general produce resentimiento o desaliento. Predicar el Evangelio implica desafío, pero también aliento, consuelo, apoyo y compasión. Por esta razón muchos maestros de homilética advierten, con toda legitimidad, contra las homilías “moralizantes”, que insisten excesiva o exclusivamente en el pecado y sus peligros. Pero cuando la oferta de la gracia también es clara y es presentada con sensibilidad pastoral, el receptor de esa gracia quiere cambiar y quiere saber cómo es la vida nueva en Cristo concretamente. Pensamos en la sentida respuesta de la gente a Pedro después de su discurso de Pentecostés: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?” (Hch 2:37).

Al mismo tiempo, nuestra responsabilidad hacia nuestros hermanos y hermanas en Cristo incluye la necesidad de una “corrección fraterna” hecha con un espíritu de caridad y verdad. Como señaló el papa Benedicto XVI

en sus reflexiones para la Cuaresma 2012, “Frente al mal no hay que callar. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien. Sin embargo, lo que anima la repreensión cristiana nunca es un espíritu de condena o recriminación”.<sup>22</sup>

El mandamiento que sigue inmediatamente a “arrepentirse” es “creer en el Evangelio”. El término griego que se traduce como “creer” es *pisteuete*, y esta palabra tiene el sentido de confianza. La creencia consiste en aceptar a Jesús y sus enseñanzas como Buena Nueva, que se transmite en la tradición viva de la Iglesia. La fe es un asunto de la mente y el corazón y la voluntad. La persona impenitente confía en sí misma o en algún valor mundano, pero la persona convertida tiene el coraje de confiar en Cristo, es decir, poner la vida entera en las manos de Cristo, una curación y renovación radical de toda la persona. Una buena homilía es una ocasión para encontrar la curación precisamente a través de la confianza en Cristo Jesús. Por esta razón es crucial que el homilista sea un hombre de fe, capaz de hacer visible y radiante la realidad de su fe. Los laicos católicos quieren que su homilista se apasione y entusiasme con lo que está predicando, que pronuncie homilías que sean sinceras y extraídas de las profundidades de su propia fe y compromiso.

## **Jesús como profeta y maestro en el Evangelio de Lucas**

Para recoger de las mismas Escrituras más instrucciones sobre la predicación homilética, acudimos primero a la famosa escena en el Evangelio de Lucas en que Jesús predica en la sinagoga de su ciudad natal de Nazaret (Lc 4:14-30). También cabe destacar, en el espíritu de la *lectio divina*, el énfasis de esta declaración sobre la conexión adecuada entre la homilía dominical, la Eucaristía y el contexto de la catequesis de la Iglesia necesaria para hoy. Además de este pasaje acudiremos también al relato de Lucas sobre la aparición de Jesús Resucitado a los discípulos en el camino a Emaús (Lc 24:13-35).

Como sucede con cada uno de los Evangelios, Lucas presenta a Jesús como un proclamador dinámico de la palabra de Dios, impulsado por el poder del Espíritu (Lc 4:14; 4:43-45). El papel de Jesús como profeta definitivo de

---

22 Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Cuaresma 2012, 3 de noviembre de 2011 ([http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/messages/lent/documents/hf\\_ben-xvi\\_mes-20111103\\_lent-2012\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/lent/documents/hf_ben-xvi_mes-20111103_lent-2012_sp.html)).



Dios es un énfasis especial del retrato de Lucas. Esto es evidente en la escena inicial del ministerio público de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4:16-30), que sirve como una especie de obertura o tónica de toda la misión de Jesús. Predicando en sábado (que Lucas señala “era su costumbre”), Jesús escoge el pasaje de Isaías 61, que proclama la justicia liberadora de Dios: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar a los pobres la buena nueva, para anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor”. Mientras toda la congregación estaba pendiente de sus palabras, Jesús enrolla el pergamino, lo devuelve al encargado, y dramáticamente anuncia: “Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura, que ustedes acaban de oír”.

Así que aquí, en el comienzo del Evangelio de Lucas, podemos encontrar en la predicación profética inaugural de Jesús una conexión con la misión permanente de la Iglesia, incluyendo las circunstancias particulares de nuestros propios días y la necesidad de la evangelización. Anunciar el mensaje del Reino predicado e incorporado en la persona de Jesús y su misión está intrínsecamente ligado a la misión de justicia de la Iglesia, un mensaje constante y poderoso, amplificado de manera vigorosa en la enseñanza de los últimos papas. Puede trazarse una línea recta desde el llamado a la justicia en favor de los vulnerables en el Antiguo Testamento (“la viuda, el huérfano y el extranjero”) hasta el cumplimiento de esa misión de compasión y justicia en el ministerio de Jesús (y que se enseña en el Magisterio permanente de la Iglesia). El urgente llamado de la Iglesia al respeto a la vida humana, especialmente de los más vulnerables, el llamado a la justicia para los pobres y los migrantes, la condena de la opresión y las violaciones de la libertad humana y religiosa, y el rechazo de la violencia como medio ordinario de resolución de conflictos son algunas de las cuestiones controvertidas que deben formar parte de la catequesis de la Iglesia y encontrar su camino de manera adecuada en la predicación litúrgica de la Iglesia.<sup>23</sup>

El hermoso relato de Lucas sobre el encuentro de Cristo resucitado con dos de sus seguidores en el camino a Emaús (24:13-35) también proporciona luces de gran alcance sobre el ministerio de la predicación litúrgica. Dos discípulos desalentados salen de Jerusalén después de los acontecimientos de Viernes Santo, en que sus esperanzas de que Jesús era el prometido Redentor de Israel habían aparentemente resultado ser vanas. Todo el impulso del

---

23 Véanse CDC, c. 768 §2; CCIO, c. 616 §2.

Evangelio de Lucas se inclina hacia Jerusalén, la ciudad de la Pasión y Muerte de Jesús, la ciudad de la Resurrección y el envío del Espíritu. Sin embargo, estos dos discípulos decepcionados y confundidos están *alejándose* de Jerusalén. Al mismo tiempo, sabemos que no pueden olvidar a Jesús, quien había capturado su corazón y encendido sus esperanzas. En su camino discuten todo lo que le había sucedido a Jesús, “un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo” (Lc 24:19). Son, en consecuencia, evocadores de todos los seguidores de Jesús a través de los siglos hasta nuestros días: en busca del Señor, fascinados por él, pero a veces desconcertados e incluso desilusionados y propensos a caminar por la senda equivocada.

Podemos extraer varias lecciones importantes para la predicación homilética a partir de este rico relato evangélico.

### ***1. El misterio pascual impregna la experiencia humana***

Jesús viene a unirse a los dos discípulos, aunque al principio se les impide reconocerlo. Para provocar una respuesta, Jesús les pregunta de qué estaban discutiendo. Uno de ellos, Cleofás, responde, “Lo de Jesús el nazareno”. Al insistírsele, “¿Qué cosa?” (Lc 24:19), Cleofás ofrece un breve resumen de los principales acontecimientos de la vida y ministerio de Jesús: él era un profeta poderoso en palabras y hechos, fue entregado por los principales sacerdotes y líderes, fue crucificado y muerto, se decía incluso que había resucitado de entre los muertos. En suma, estos discípulos tienen los hechos básicos, pero todavía no entienden su significado profundo.

Y es por eso que Jesús les dice: “¿Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?” (Lc 24:25). Lo que les permitiría ver a Jesús en su totalidad, la clave indispensable para interpretarlo, no era otra cosa que el amor del Mesías vaciándose de sí mismo y revelado en su Muerte y Resurrección. Todo lo que Cristo enseñó y todas sus acciones estaban condicionados por esta efusión de vida en nombre de los demás, el corazón del misterio pascual.

Es en este sentido que Jesús luego vuelve la atención de sus discípulos a las Escrituras, y “comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él” (Lc 24:23). Los escritos sagrados del Antiguo Testamento, que estos discípulos conocían bien, adquirieron ahora una nueva resonancia, ya que se los ponía en relación con

Jesús y su Muerte y Resurrección vivificantes. Una convicción fundamental del Nuevo Testamento es que las esperanzas y los anhelos del Antiguo Testamento no fueron vanas, sino que encuentran su cumplimiento en la persona y misión de Jesús.<sup>24</sup>

Este pasaje familiar y engañosamente simple conlleva enormes implicaciones para la predicación en el ámbito de la Eucaristía dominical. En primer lugar, el homilista está hablando a personas que están, al menos en cierto grado, en busca de Jesucristo y del significado que el Evangelio puede dar a su vida. Esto es lo que finalmente los lleva a la Eucaristía, sin importar cuán frágiles pudieran ser su fe y su entendimiento. El homilista, por lo tanto, se dirige a discípulos que —al igual que sus ancestros espirituales en el camino a Emaús— pueden estar inclinándose, en diversos grados, en la dirección equivocada, confusos e inseguros. En efecto, el *Kyrie, eleison*, el ruego tradicional de la misericordia de Cristo en la apertura de la Eucaristía, da por sentado precisamente este hecho de que somos pecadores que hemos perdido el camino. Los que escuchan una homilía pueden estar conscientes de los hechos básicos acerca de Jesús, pero podrían captar sólo vaga o inadecuadamente lo que hace configurar esos datos en un patrón de sentido profundo y último de la vida humana.

Las homilías son fuente de inspiración cuando tocan los niveles más profundos del corazón humano y abordan las preguntas reales de la experiencia humana. El papa Benedicto XVI, en su encíclica *Spe Salvi*, habló de la gente que tiene “pequeñas esperanzas” y la “gran esperanza”. Las “pequeñas esperanzas” son las experiencias ordinarias de la alegría y satisfacción que a menudo experimentamos: el amor por la familia y los amigos, la expectativa por unas vacaciones o una celebración familiar, la satisfacción por el trabajo bien hecho, la bendición de la buena salud, etcétera. Pero por debajo de estas esperanzas más pequeñas debe pulsar una “gran esperanza” más profunda que en última instancia dé sentido a toda nuestra experiencia: la esperanza de la vida más allá de la muerte, la sed de la verdad última, la bondad, la belleza y la paz, la esperanza de la comunión con Dios mismo. Como lo expresa el papa: “Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser

---

24 Véase Pontificia Comisión Bíblica, *El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia Cristiana* ([http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/pcb\\_documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20020212\\_popolo-ebraico\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/pcb_documents/rc_con_cfaith_doc_20020212_popolo-ebraico_sp.html)), nos. 19-21.

Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar”.<sup>25</sup>

Por lo tanto, cada homilía, porque es una parte intrínseca de la Eucaristía dominical, debe tratar de la Muerte y Resurrección de Jesucristo y de su paso a través del sufrimiento sacrificial a la vida nueva y eterna para nosotros. Por medio de ese patrón, el Pueblo de Dios puede comprender adecuadamente su propia vida y ser capaz de ver su propia experiencia a la luz de la Muerte y Resurrección de Jesús. A la luz del encuentro en el camino a Emaús, se hace evidente un elemento esencial de toda buena predicación: la reflexión sobre nuestra experiencia personal y colectiva a la luz del misterio pascual.

## **2. La iluminación mutua del Antiguo y del Nuevo Testamento**

Muchas veces Jesús edificó su enseñanza acerca del misterio pascual sobre la sólida base del Antiguo Testamento. Su práctica nos confirma que la predicación de la homilía dominical debe típicamente implicar el engarce, en mutua iluminación, del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.<sup>26</sup> De hecho, las lecturas dominicales en leccionarios revisados después del Concilio Vaticano II fueron elegidas para demostrar esta misma conexión.

Una lectura dominical del Antiguo Testamento, por ejemplo, habla de las acciones de Dios entre su pueblo elegido, los judíos, y apunta también hacia Cristo, el Mesías, cuya enseñanza y ejemplo se encuentran en el pasaje del Evangelio del día. El salmo responsorial, junto con su antifona, a menudo hace eco de los motivos subyacentes que se encuentran en las lecturas y da voz a la fe de aquellos que oyen la palabra de Dios. La práctica homilética, tanto del rito latino como de las Iglesias orientales, siempre ha mostrado cómo el Antiguo y el Nuevo Testamento se funden en la única voz de Dios que habla a su pueblo en dos maneras importantes. En primer lugar, el Nuevo Testamento reconoce la autoridad del Antiguo Testamento como revelado por Dios, quien de tal modo nos muestra su plan de salvación. En segundo lugar, el Nuevo Testamento hace suyos los escritos del Antiguo Testamento,

---

25 Papa Benedicto XVI, *Spe Salvi (Sobre la esperanza cristiana)*, nos. 30-31.

26 Para una completa exposición sobre la relación del Antiguo y del Nuevo Testamento en relación con la predicación, véanse Comisión Vaticana para las Relaciones Religiosas con el Judaísmo, “Acerca de una correcta presentación de los judíos y del judaísmo” (1985), así como sus “Orientaciones y sugerencias para la aplicación de la Declaración Conciliar *Nostra Aetate*”, no. 4 (1974); véase también USCCB, “God’s Mercy Endures Forever: Guidelines on the Presentation of Jews and Judaism in Catholic Preaching” (1988).

desarrollándolos a la luz de Jesucristo.<sup>27</sup> Es en relación con este último paso que San Agustín formuló su famoso aforismo: “El Nuevo está escondido en el Antiguo y el Antiguo es manifiesto en el Nuevo”.<sup>28</sup>

Para el cristiano, el cumplimiento del Antiguo Testamento por Jesús atribuye la máxima importancia a la verdad de las Escrituras judías.<sup>29</sup> Por supuesto, el lector supremo del Antiguo Testamento es Cristo mismo, quien aplica a su propia vida, Muerte y Resurrección todo lo que las Escrituras habían prometido (Lc 24:27).<sup>30</sup> Es a través de esta rica relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, en toda su diversidad de imágenes y tipos interrelacionados, que el homilista es capaz de anunciar a los fieles el misterio supremo de la fe que es Jesucristo.

### ***3. La homilía dominical como parte integral de la Eucaristía***

Los Evangelios presentan más de una vez a Jesús predicando en el contexto del servicio del Sabbath en la sinagoga, como en la escena de apertura del ministerio de Jesús en Lucas. También presentan a Jesús ofreciendo profundas reflexiones a sus discípulos en el contexto de la última cena pascual, celebrada en la víspera de su Muerte (véase Jn 13-17). Lucas concluye la narración de Emaús con Jesús quedándose con sus discípulos para compartir una comida con ellos y, al hacerlo, revelándoles su presencia: a medida que los viajeros se acercan al pueblo al que van, presionan a su misterioso amigo para que se quede con ellos. Se sienta con ellos, da las gracias, y parte el pan, momento en el cual lo reconocen y él desaparece de su vista. Es entonces cuando admiten el uno al otro que su corazón “ardía” en ellos cuando Jesús les abrió el sentido de las Escrituras (Lc 24:32). El relato de Emaús ilumina la interpenetración de las dos dimensiones de la liturgia eucarística. La explicación que da Jesús de las Escrituras (la Liturgia de la Palabra) conduce a una intensa experiencia de comunión con Cristo resucitado (la Liturgia de la Eucaristía), y la intensidad misma de esta última suscita una apreciación más profunda de la primera (“¡Con razón nuestro corazón ardía!”).

Una de las enseñanzas más importantes del Concilio Vaticano II en lo que respecta a la predicación es la insistencia en que la homilía es parte

---

27 Véase TJPSS, 14.

28 *Quaestiones in Heptateuchum*, no. 2, 73: PL 34, 623.

29 Véase TJPSS, nos. 20-21.

30 Véase TJPSS, no. 43.

integral de la Eucaristía misma.<sup>31</sup> Como parte de todo el acto litúrgico, la homilía busca encender los corazones con la alabanza y la acción de gracias. Ha de ser una característica del encuentro intenso y privilegiado con Jesucristo que tiene lugar en la liturgia. Se podría incluso decir que el homilista conecta las dos partes de la liturgia eucarística cuando vuelve la mirada a las lecturas de las Escrituras y espera con anhelo la comida sacrificial. Por esta razón, es preferible que el celebrante de la liturgia eucarística sea también el homilista.<sup>32</sup> Además, esta misma integración de la homilía en la textura de la liturgia garantiza el uso de las lecturas del Leccionario como la base para la homilía.<sup>33</sup> Un enfoque adecuado en las lecturas del Leccionario como la fuente principal de la homilía no excluye en modo alguno que el homilista ilustre las implicaciones del mensaje bíblico también haciendo referencia a las oraciones de la liturgia dominical particular, a los elementos del Credo, a la oración eucarística o a la enseñanza de la Iglesia que se encuentra en el *Catecismo de la Iglesia Católica* u otros documentos de la Iglesia.<sup>34</sup>

#### **4. La conexión entre Eucaristía y misión**

Por último, la historia de Emaús nos recuerda que la homilía tiene un papel clave en el establecimiento de la conexión entre la Eucaristía y la misión. Una vez que reconocen al Cristo Resucitado “al partir el pan”, los dos discípulos resuelven regresar a Jerusalén, a pesar de lo avanzado de la hora, y volver a reunirse con la comunidad que habían dejado. En una palabra, cambian de dirección y se dirigen otra vez a donde debían ir. Allí, junto con el resto de los discípulos, se encuentran de nuevo con Cristo resucitado y se les da la misión de ser sus testigos y predicar el Evangelio del arrepentimiento y el perdón al mundo (Lc 24:36-49), una misión que explotaría de poder con el don del Espíritu Santo en Pentecostés. Esta dimensión del relato de Emaús se corresponde con el “envío en misión” que concluye la misa del rito romano: “Vayan y anuncien el Evangelio del Señor”.<sup>35</sup> Nuestro encuentro con Jesús conduce inevitablemente a la misión; nuestro amor por Jesús se traduce en nuestro amor por los demás. Por esto es que la homilía, que participa en el

---

31 Véase *Sacrosanctum Concilium (Constitución sobre la Sagrada Liturgia)*, no. 52.

32 Véase la *Instrucción General del Misal Romano (IGMR)*, no. 66.

33 Véanse CDC, c. 767 §1; CCIO, c. 614 §1.

34 Véanse *Sacrosanctum Concilium*, no. 52; *Dei Verbum*, no. 24; CDC, c. 768; y CCIO, c. 616.

35 Extracto de la traducción al español del *Misal Romano* (International Committee on English in the Liturgy, Inc., 2010), 144.

poder de la palabra de Cristo, debe inspirar un sentido de misión a los que la escuchan, haciéndolos hacedores y proclamadores de esa misma palabra en el mundo. Una homilía que no conduzca a la misión es, por tanto, incompleta.

## II. EL MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN LITÚRGICA

### **El fundamento cristológico de la homilía**

La Muerte y Resurrección de Jesús —la culminación y el corazón de la misión de Jesús de revelar el amor de Dios por el mundo— es el acto central de nuestra salvación. Y, como escribe San Pablo citando una enseñanza que él mismo había recibido y por lo tanto cuenta como una expresión fundamental de la tradición, “Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras” y “resucitó al tercer día, según estaba escrito” (1 Cor 15:3-4). El homilista, entonces, debe una y otra vez poner de relieve este “como dicen las Escrituras” de la Muerte y Resurrección de Jesús y su significado para nuestra vida. Cada texto bíblico sobre el cual él predica conduce a ese centro y arroja luz sobre el misterio de esa obra principal de Dios desde diferentes perspectivas bíblicas: desde algún acontecimiento en la historia de Israel (la primera lectura), desde la reflexión teológica de un apóstol (la segunda lectura), y desde un evangelista en particular (la lectura del Evangelio) que habla de la vida de Jesús de tal manera que muestre su punto culminante en su Muerte y Resurrección.

Como se señaló anteriormente, hacer esta conexión es lo que Jesús hizo por los dos discípulos en el camino a Emaús. El homilista debe confiar en la presencia del Señor resucitado dentro de él cuando predica, una presencia garantizada por la efusión del Espíritu que recibió en la ordenación. Como hizo el mismo Señor resucitado, el homilista, “comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas”, interpreta a su congregación “todos los pasajes de la Escritura que se referían a él”. Y sea cual fuere lo que se enseñe, la lección se resume de esta manera: “¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?” (Lc 24:26-27). Así, la persona y misión de Jesús, que culmina con su Muerte y Resurrección, es en última instancia el contenido central de todas las Escrituras.



## La conexión esencial entre las Escrituras, la homilía y la Eucaristía

Examinar este patrón fundamental de la predicación en el relato de Emaús ilustra la conexión esencial entre las Escrituras, la homilía y la Eucaristía, pues fue “al partir el pan” que en última instancia los discípulos reconocieron a su Señor resucitado, y fue entonces cuando se dieron cuenta de que su corazón ardía dentro de ellos “mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras” (Lc 24:32). Por ello, virtualmente toda homilía predicada durante la liturgia debe hacer algún tipo de conexión entre las Escrituras que se acaban de escuchar y la Eucaristía que está a punto de celebrarse. Dependiendo de las oportunidades que proporcionen los textos en cuestión, tal conexión puede ser muy breve o incluso sólo implícitamente indicada, pero en otras ocasiones se debe establecer y extraer una firme conexión. Desde el punto de vista de la fe cristiana, el centro de las Escrituras es la Muerte y Resurrección de Jesús, el sacrificio último que trajo la redención al mundo. El sacrificio de la liturgia eucarística es el memorial de la Muerte del Señor, durante el curso de la cual reconocemos que “de veras ha resucitado el Señor” (Lc 24:34), se nos hace presente y es reconocido por nosotros en la fracción del pan. Cuando esta conexión se presenta siempre clara para el pueblo cristiano, éste entenderá las Escrituras y el misterio de la Eucaristía cada vez más profundamente. Esto es de lo que hablaban los Padres del Concilio cuando dijeron: “La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia”.<sup>36</sup>

Elaborar homilías de tal manera que esta visión se logre en la realidad es, por supuesto, un proyecto exigente. Pero los homilistas no deben intimidarse por la tarea y debe ser alentados por la gracia de su ordenación y por la gran tradición de la predicación que pertenece a toda la Iglesia. Sus estudios teológicos estuvieron dirigidos a ayudarles a moverse con conocimiento entre las Escrituras<sup>37</sup> y a comprender profundamente los sacramentos, que están tan

---

36 *Dei Verbum*, no. 21. Véanse también *Presbyterorum Ordinis*, no. 18; *Sacrosanctum Concilium*, nos. 51, 56.

37 Véanse *Sacrosanctum Concilium*, no. 24; CDC, c. 252 §2; CCIO, c. 350 §2.

íntimamente unidos a las Escrituras. No hay límite para lo mucho que podemos crecer en el conocimiento de estas cosas.

## **La homilía dominical, la doctrina y la catequesis de la Iglesia**

El alcance completo de la predicación de Jesús nos recuerda que cuando tenemos el privilegio de predicar la homilía a una congregación en la Eucaristía dominical, también tenemos una oportunidad invaluable para promover el ministerio catequético de la Iglesia.<sup>38</sup> Esta relación intrínseca entre la predicación, la doctrina y la catequesis se refleja también en el ministerio del apóstol Pablo. Pablo se describe a sí mismo como “obligado” a predicar el Evangelio: *“Todo el que invoque al Señor como a su Dios, será salvado por él. Ahora bien, ¿cómo van a invocar al Señor, si no creen en él? ¿Y cómo van a creer en él, si no han oído hablar de él? ¿Y cómo van a oír hablar de él, si no hay nadie que se lo anuncie? ¿Y cómo va a haber quienes lo anuncien, si no son enviados? Por eso dice la Escritura: ¡Qué hermoso es ver correr sobre los montes al mensajero que trae buenas noticias!”* (Rom 10:13-16).

No tenemos acceso directo a la predicación de Pablo, pero los intérpretes de Pablo han señalado el contexto litúrgico de sus cartas. Las cartas de Pablo fueron muy probablemente leídas en las asambleas litúrgicas de las primeras comunidades cristianas. Aunque sus cartas no son homilías dominicales como tales, son, en cierto sentido, una “homilía extendida”, en que el portador de la carta comunica la enseñanza de Pablo en ella contenida a sus comunidades y quizás amplifica el mensaje de Pablo al hacerlo. Las cartas de Pablo muestran evidencia de este entorno litúrgico, pues típicamente se inician con saludos y oraciones de acción de gracias y alabanza (por ejemplo, Rom 1:8-10; 1 Cor 1:4-9) y concluyen con palabras de bendición (por ejemplo, Rom 16:25-27; 2 Cor 13:13). Partes de los primeros himnos cristianos también se encuentran en sus cartas (por ejemplo, Flp 2:6-11).

Para Pablo, el corazón de su predicación apostólica es el misterio de Cristo, sobre todo el misterio central de la Muerte y Resurrección de Cristo. El anuncio de Pablo se enfoca en el don inicial de la salvación en Cristo que se nos ha dado gratuitamente por la fe en Cristo: “Y la prueba de que Dios nos ama está en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores” (Rom

---

38 Véase CIC, no.1074: “[La liturgia] es el lugar privilegiado de la catequesis del Pueblo de Dios”.

5:8). El propósito de Pablo es atraer a sus oyentes a la plena conciencia de la profundidad de ese misterio en el que ya se han sumergido en el bautismo. Las palabras de Pablo de agradecimiento por los cristianos recuerdan a estos su propio llamado a la vida nueva en Cristo: “Continuamente agradezco a mi Dios los dones divinos que les ha concedido a ustedes por medio de Cristo Jesús, ya que por él los ha enriquecido con abundancia en todo lo que se refiere a la palabra y al conocimiento; porque el testimonio que damos de Cristo ha sido confirmado en ustedes a tal grado, que no carecen de ningún don ustedes, los que esperan la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor 1:4-7).

Pero Pablo también dedica considerable tiempo en sus cartas a ilustrar cómo la fe en Cristo y la participación en la vida de la Iglesia tienen un impacto en la totalidad de la vida cristiana, ofreciendo, por así decirlo, una presentación catequética ampliada para sus comunidades. De hecho, en dos lugares diferentes las cartas de Pablo identifican el propósito expreso de su ministerio de la palabra: “a fin de que todos sean cristianos perfectos” (Col 1:28) y “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté enteramente preparado para toda obra buena” (2 Tim 3:17). Más de una vez contrasta una vida vivida de acuerdo con la “carne” con la vivida de acuerdo con el “Espíritu” (por ejemplo, Rom 8:1-13). En su carta a los filipenses, Pablo argumenta en contra de las divisiones y facciones en la comunidad, apelando a la profunda humildad de Jesús mismo, que no se aferró a su condición divina, sino que se hizo carne por nosotros, incluso hasta morir en la cruz (véase Flp 2:1-5). En su primera carta a los corintios, Pablo responde a una serie de preguntas y problemas prácticos presentados por los cristianos (facciones, problemas maritales, la inmoralidad en la comunidad, la forma de responder a la cuestión de comer carne ofrecida a ídolos, etcétera) explicando qué tipo de comportamiento exige la vida en Cristo.

Pablo también se ocupa ampliamente de lo que podríamos llamar cuestiones doctrinales, como por ejemplo, al responder a las preguntas de los cristianos acerca de la vida después de la muerte (1 Ts 4:13-18; 2 Cor 5:1-10; y 1 Cor 15) o la naturaleza de la Eucaristía (1 Cor 11:17-34). En estos dos últimos casos, Pablo cita la tradición de credo de la Iglesia primitiva sobre la Muerte y Resurrección de Jesús que él mismo había recibido y ahora pasa a su comunidad (1 Cor 11:23-26; 15:3-5). Pablo también insta a sus hermanos cristianos a sumergirse en la vida del Espíritu, a orar siempre (1 Tes 5:17), y cantar himnos espirituales y oraciones de alabanza a Dios (Col 3:16). También exhorta a los cristianos a animarse unos a otros, a estar unidos en el discurso aseverativo y

respetuoso, a utilizar sus diversos dones en armonía, a amarse unos a otros y así edificar la Iglesia como el Cuerpo de Cristo (véase especialmente 1 Cor 12-14).

Este mismo patrón en el anuncio de Pablo del mensaje cristiano —anunciando los misterios de la redención y luego extrayendo el significado de estos misterios para la vida cristiana— está vívidamente ilustrado en la carta a los efesios, un texto que puede haber sido concebido como una recapitulación posterior de la enseñanza del apóstol. La epístola comienza con una aclamación de alabanza de que Dios haya escogido revelar a los seguidores de Jesús el misterio de su voluntad, el misterio del amor redentor de Dios revelado en la Muerte y Resurrección de Jesús, y el perdón y reconciliación que se deriva de esa divina fuente (Ef 1:3-10). A partir de esa base, Efesios pasa a considerar la obra reconciliadora de Cristo, quien mediante su Muerte en la cruz hace la paz, reuniendo al gentil y al judío en una nueva persona al derribar el muro de la enemistad entre ellos. Y más aún, a partir de esa visión cósmica del amor redentor y reconciliador de Dios, la epístola deriva la necesidad de unidad dentro de la Iglesia misma como el Cuerpo de Cristo y establece su misión de anunciar el amor reconciliador de Dios al mundo. Así, Pablo creía que la gracia inicial de la fe en Cristo estaba destinada a transformar la totalidad de la existencia de la persona, y por lo tanto en su predicación reflexionó largamente sobre lo que la vida cristiana debe significar para aquellos a los que él predicó el Evangelio.

Ciertamente, la doctrina no tiene que ser propuesta en una homilía en la forma en que podría desarrollarse en un aula de teología o una conferencia para un público académico o incluso una lección de catecismo. La homilía es parte integral de la acción litúrgica de la Eucaristía, y el lenguaje y espíritu de la homilía debe encajar en ese contexto. Sin embargo, la catequesis en su sentido más amplio incluye la comunicación efectiva de todo el ámbito de la enseñanza y formación de la Iglesia, desde la iniciación en el sacramento del Bautismo hasta las exigencias morales de una vida cristiana fiel. Como observa el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “La catequesis es una educación en la fe de los niños, de los jóvenes y adultos, que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana”.<sup>39</sup> El propio *Catecismo* está organizado en cuatro “pilares” de la vida cristiana: la reflexión sobre el Credo, la celebración del misterio cristiano en nuestra vida litúrgica y

---

39 CIC, no. 5.

sacramental, las responsabilidades morales de la vida en Cristo y, finalmente, el significado de la oración cristiana.

Con el tiempo el homilista, respetando al mismo tiempo la forma y el espíritu propios de la homilía dominical, debe comunicar el alcance completo de esta rica enseñanza catequética a su congregación. Durante el curso del año litúrgico es conveniente ofrecer a los fieles, con prudencia y sobre la base del Leccionario trienal, “homilías temáticas... que traten los grandes temas de la fe cristiana”.<sup>40</sup> En consecuencia, los obispos diocesanos pueden ofrecer ocasionalmente temas sugeridos para las homilías dominicales en sus propias diócesis, a fin de guiar la enseñanza de los fieles por parte del clero y garantizar la predicación catequética eficaz y oportuna sobre preocupaciones pastorales importantes, preservando a la vez la importancia de la predicación en los tiempos litúrgicos y los textos del *Leccionario de la Misa*. También sería útil que expertos y editores preparen ayudas pastorales para que el clero ayude a conectar el anuncio de las lecturas con las doctrinas de la Iglesia. Las hermosas palabras de la carta a los efesios expresan este anhelo apostólico de comunicar el sentido pleno del misterio cristiano: “...que Cristo habite por la fe en sus corazones. Así, arraigados y cimentados en el amor, podrán comprender con todo el pueblo de Dios, la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, y experimentar ese amor que sobrepasa todo conocimiento humano, para que así queden ustedes colmados con la plenitud misma de Dios” (Ef 3:17-19).

Por lo tanto, no debe abrirse una brecha entre el contenido y estilo propio de la homilía dominical y la enseñanza de la doctrina de la Iglesia. Encontrar la presencia viva de Cristo resucitado en la palabra de las Escrituras y en el Sacramento de su Cuerpo y Sangre no es incompatible con la comunicación eficaz de lo que la fe en Cristo significa para nuestra vida. Sin ser pedante, demasiado abstracto o teórico, el homilista puede eficazmente explicar, por ejemplo, la conexión entre el cuidado de Jesús por los pobres y la enseñanza social y preocupación de la Iglesia por el bien común; o los pronunciamientos de Jesús sobre la prohibición del divorcio y la enseñanza de la Iglesia sobre la santidad del vínculo matrimonial, o los enfrentamientos de Jesús con sus

---

40 *Sacramentum Caritatis*, no. 46.

adversarios y la obligación de la Iglesia de cuestionar a la cultura contemporánea sobre los valores que deben definir nuestra vida pública.

Establecer una conexión reflexiva e integral entre los pasajes de las Escrituras anunciados en la Eucaristía y las exigencias de la creencia y vida cristiana debe también sintonizarse con los tiempos del año litúrgico: la reflexión sobre el fin y dirección últimos de nuestra vida en el tiempo de Adviento, el don de la vida y la alegría de la Encarnación en el tiempo de Navidad, la necesidad de arrepentimiento y renovación durante la Cuaresma, el don dinámico del Espíritu en nuestra vida en el día de Pentecostés. Sabemos, también, que en ciertos momentos del año litúrgico, como Navidad o Pascua, la asamblea probablemente incluirá a muchos católicos que participan sólo de vez en cuando en la liturgia de la Iglesia. Aunque no en el contexto del culto dominical, similares oportunidades pastorales están presentes en las bodas o los funerales, cuando miembros de la familia que pueden haberse extraviado de la práctica de su fe están presentes en estos momentos de alegría y tristeza familiar. Este obviamente no es el momento para reprender a tales católicos por su ausencia. Más bien, el homilista debe utilizar la belleza de la liturgia y el contenido de la homilía para abrir las Escrituras, hacer una conexión amable y reflexiva con el significado de la fe cristiana en el mundo actual, e invitar a regresar a los que han perdido contacto con la Iglesia. Esta es precisamente la razón de ser del llamado a una Nueva Evangelización de los católicos que, por cualquier razón, se han alejado de su hogar espiritual. A través de la celebración orante del ritual eucarístico y por medio del anuncio gentil y respetuoso de la palabra, todos están invitados a ser conscientes de sus más profundos anhelos espirituales y humanos y a sumergirse de nuevo en el misterio de Cristo presente en la Eucaristía, quien es el único capaz de saciar su más profunda sed espiritual.

Las doctrinas de la Iglesia deben dirigir al homilista y asegurar que llegue y predique acerca de lo que es en realidad el sentido más profundo de las Escrituras y el sacramento para la vida cristiana. Pues las doctrinas simplemente formulan con precisión lo que la Iglesia, impulsada por el don del Espíritu, ha llegado a saber a través de las Escrituras anunciadas en la asamblea creyente y a través de los sacramentos que se celebran sobre la base de estas Escrituras.

Los misterios más centrales de nuestra fe —la Trinidad, la Encarnación y la redención que Cristo revela en su sacrificio pascual— fueron atestigüados en las Escrituras y son anunciados y celebrados en la Eucaristía. Fueron formulados con precisión a lo largo del tiempo por el Magisterio de la Iglesia

para mantener a las comunidades que leían las Escrituras y celebraban la Eucaristía en la misma comunión de entendimiento correcto y culto correcto (*ortodoxia*) acerca de estas cosas, una comunión que iba a celebrarse en todo el mundo y a través de los siglos. Por esa misma razón, estas doctrinas deben ser perfectamente presentadas y expresadas aún hoy en día en el curso de nuestras celebraciones litúrgicas, a fin de garantizar que al leer las Escrituras y celebrar la Eucaristía comprendamos cada vez más profundamente las creencias esenciales de la Iglesia.<sup>41</sup>

Una manera eficaz de hacer esto podría ser conectar algún punto de la homilía con una frase o idea clave del Credo que será recitado inmediatamente por la asamblea al terminar la homilía. El Credo tiene el mismo centro que tienen las Escrituras y la Eucaristía. Es el “un solo Señor, Jesucristo... padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras”. Pero este Jesús es “Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre”. El homilista anuncia y enseña que este es el que “bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”. Este es aquel a quien vemos moverse, hablar y actuar en los Evangelios. Este es el que “padeció y fue sepultado, y resucitó”. Vemos aquí lo que San Cirilo de Jerusalén quiso decir cuando, al entregar el Credo a los que pronto serían bautizados, explicó, “De toda la Escritura ha sido recogido lo que hay en ella de más importante, para dar en su integridad la única enseñanza de la fe”.<sup>42</sup>

Así que, cuando todo está dicho y hecho, ¿por qué debe el homilista predicar doctrinal y catequéticamente? Porque, como Pablo y los evangelistas sabían, las personas se sienten atraídas a Jesús y su Evangelio por la belleza y la verdad de los misterios de nuestra fe. El objetivo último del anuncio del Evangelio es llevar a la gente a una relación amorosa e íntima con el Señor, una relación que forma el carácter de sus personas y las guía en la vivencia de su fe. Un buen homilista, por ejemplo, es capaz de expresar el misterio de la Encarnación —que el Hijo eterno de Dios vino a habitar entre nosotros como hombre— de tal manera que sus oyentes sean capaces de comprender más profundamente la belleza y la verdad de este misterio y ver sus conexiones

---

41 El CIC expresa bien esto (no. 170): “No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite ‘tocar’... Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más”. Véanse también CDC, cc. 760, 767 §1, 768, 769; y CCEO, cc. 614 §1, 616.

42 Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 5:12, 1.

con la vida diaria. Al poner de relieve su humanidad, su pobreza, su compasión, su franqueza y su sufrimiento y Muerte, una homilía eficaz mostrará a los fieles hasta qué punto el Hijo de Dios los amó al tomar nuestra carne sobre sí mismo. Y al ampliar el amor de la congregación por la humanidad de Jesús, el homilista podría mover también a sus hermanos cristianos a un sentido más profundo de la justicia, con un sentido de compasión por los más vulnerables y los pobres y de la humanidad caída de su prójimo. Del mismo modo, un homilista podría hablar de la presencia real de Cristo en la Eucaristía basándose en la tradición doctrinal católica de la transubstanciación, subrayando el significado de esta presencia imponente de Cristo resucitado en medio de nosotros. Nuestra piedad y reverencia católica en la liturgia podría explicarse por nuestra creencia dramática en el cumplimiento de la promesa de Dios de ser uno con nosotros. Cuando el homilista señale la experiencia de nuestra comunión con Dios, podría llamar la atención sobre el vínculo de comunión entre nosotros mismos.

Por supuesto, lo que es esencial para hablar de los misterios de nuestra fe con pasión y convicción es que el predicador mismo capte el significado doctrinal de su verdad y ame tanto estos misterios él mismo que pueda comunicar ese amor y verdad a sus oyentes.

## **El papel de las Escrituras en la homilía**

Una homilía eficaz se inspira en la naturaleza misma de las Escrituras, que utilizan una rica variedad de formas literarias para comunicar su mensaje: narrativas, metáforas, himnos, oraciones, frases proverbiales y la poesía tienen su lugar en las páginas de la Biblia. Estas historias y dichos de la Biblia han tenido una profunda influencia a lo largo del tiempo sobre la imaginación cristiana, y de hecho tienen todavía un impacto en la cultura popular misma. Al igual que la buena poesía, las Escrituras nos ofrecen el lenguaje para expresar nuestras más profundas esperanzas y anhelos, para encontrar las palabras adecuadas para nuestro dolor y pérdida, nuestros momentos de alegría y de paz, nuestros intentos de agradecer y alabar a Dios.

Un ejemplo claro es, de hecho, la propia predicación de Jesús. El Evangelio de Mateo, por ejemplo, presenta a Jesús en un barco cerca de la orilla, enseñando a las multitudes que lo siguen en parábolas, esos relatos penetrantes que fueron característicos del ministerio predicador de Jesús (véase Mt 13:1-53). El discurso comienza con la parábola del sembrador (13:1-9), que más



tarde explicaría Jesús a sus discípulos (13:18-23). Las semillas caen en varios tipos de suelo, determinando el resultado de la cosecha; Jesús utilizará la parábola del sembrador para identificar los tipos de condiciones y las respuestas necesarias para que prospere la “palabra del reino”. Jesús pasa luego a utilizar una profusión de otras imágenes e historias breves para ilustrar aspectos del Reino de los Cielos: un campo en el que un enemigo siembra cizaña entre el trigo y la lección de que los dos deben estar juntos en nuestro complejo mundo hasta la siega; una pequeña semilla de mostaza que crece hasta convertirse en un arbusto grande donde las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas; la levadura que una mujer mezcla con tres medidas de harina de trigo y que hace que toda la masa fermente; un hombre que encuentra un tesoro en un campo y vende todo lo que tiene para comprar el campo (y su tesoro); un mercader que encuentra una “perla de gran precio” y vende todo lo que tiene para comprarla, y, por último, la historia de la red que, cuando es arrojada al mar, recoge “toda clase de peces”: cuando se transporta a la orilla, los peces tienen que ser clasificados y los peces buenos puestos en cubos.

Esta notable abundancia de imágenes e historias, todas ellas en un solo capítulo del Evangelio de Mateo, nos dice que Jesús no era un predicador abstracto sino que enlazaba su predicación con imágenes ricas e historias provocativas. Las imágenes y los ejemplos son tomados del contexto agrario en que vivían sus audiencias en la Galilea del primer siglo y de la actividad pesquera que florecía alrededor del mar de Galilea, donde tuvo lugar la mayor parte del ministerio de Jesús. Como suelen ser los narradores natos, Jesús era un agudo observador de la vida humana, con toda su belleza y complejidad. Sus metáforas e historias tienen un espíritu poético e inolvidable y se han labrado camino en la literatura de cada generación humana desde entonces.

Pero Jesús no se limitaba simplemente a citar ejemplos comunes; hay en las parábolas de Jesús una cualidad de extrañeza, algo fuera de lo común, que se apodera de la imaginación y provoca admiración por parte del oyente: la increíble abundancia de la cosecha (“a ciento, a sesenta y a treinta por uno”), el tamaño asombroso del arbusto que brota de una pequeña semilla de mostaza, la enorme cantidad de harina que es fermentada (“tres medidas”, estimadas en sesenta libras, ¡suficiente pan para alimentar una aldea!), el acto radical de vender todo lo que uno tiene para comprar el tesoro en el campo o la perla de gran precio.

El poder especial de la parábola es captar la atención del oyente sobre su significado. El discurso humano ingenioso, sobre todo en los relatos, puede parecer que vela la verdad a aquellos que no se conectan con él, y sin embargo puede revelar la verdad a aquellos que estén dispuestos a escuchar y ponderar su significado. Algunas culturas en especial disfrutaban de relatos que las hacen reparar en la sabiduría práctica del Evangelio. Jesús no se limitaba a sermonear a su público sino que lo atraía evocando experiencias sobre las que éste era invitado a reflexionar y tratar de entender. Ser un narrador eficaz puede no ser un don que llegue con facilidad a todos los que tienen que predicar, pero la lección aquí es que el homilista debe tener empatía con la experiencia humana, observarla de cerca y con simpatía, e incorporarla en su predicación.<sup>43</sup>

El objetivo de la homilía es llevar al oyente a una profunda conexión interna entre la palabra de Dios y las circunstancias reales de la vida cotidiana. En algunos casos, la propia experiencia —dicha de una manera apropiada y sin llamar demasiado la atención sobre uno mismo— puede también ser eficaz, especialmente cuando esta experiencia resuena con experiencias similares a las de aquellos con quienes se comparte. El papa Benedicto XVI hace esta misma observación: “La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida . . . Por consiguiente, quienes por ministerio específico están encargados de la predicación han de tomarse muy en serio esta tarea. Se han de evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico”.<sup>44</sup>

Sin embargo, el homilista no puede contentarse con simplemente repetir el lenguaje bíblico que se encuentra en las lecturas, sino que debe abrir su significado y ayudar a iluminar la experiencia de los que oyen la palabra bíblica. La homilía tiene por objeto establecer un “diálogo” entre el texto bíblico sagrado y la vida cristiana del oyente. La homilía en su forma más eficaz permite al oyente comprender el significado de las Escrituras de una manera nueva y,

---

43 El papel de la reflexión sobre la experiencia fue un énfasis particular de *Fulfilled in Your Hearing*: “Para realizar estas conexiones entre la vida de las personas y el Evangelio, el predicador tendrá que saber escuchar antes de saber hablar. Escuchar no es un momento aislado. Es una forma de vida. Significa apertura a la voz del Señor no sólo en las Escrituras, sino en los acontecimientos de nuestra vida cotidiana y en la experiencia de nuestros hermanos y hermanas” (10). [Versión del traductor.]

44 *Verbum Domini*, no. 59.

a su vez, ayuda a que el mensaje de las Escrituras, anunciado en el contexto de la liturgia, ilumine la experiencia del oyente. Así, la homilía reúne tanto el mensaje bíblico como la experiencia contemporánea de aquellos a quienes se ofrece la homilía. Historias pertinentes que ilustran la experiencia humana o las realidades de la cultura contemporánea ayudan a animar la homilía y abren avenidas para comprender el significado del texto bíblico, que viene de un tiempo y cultura antiguos pero tiene todavía la capacidad de trascender el abismo del tiempo y tocar, inspirar y desafiar al cristiano contemporáneo.

## **La homilía como acto eclesial**

También debemos señalar que la predicación de una homilía, puesto que se produce en el contexto de la liturgia de la Iglesia, es, por definición, un profundo acto eclesial, que debe estar en evidente comunión con el Magisterio de la Iglesia y con la conciencia de que uno está en el medio de una comunidad de fe. La homilía no es un ejemplo aislado de interpretación bíblica o un ejercicio puramente académico. Está dirigida *desde* la fe, la de la Iglesia y del ministro ordenado que predica en el nombre de Cristo y de su Iglesia, *a* la fe, es decir, la fe de la comunidad cristiana congregada en un espíritu de oración y alabanza en presencia de Cristo resucitado. Así, las palabras del homilista deben estar en armonía con el espíritu y la enseñanza de la Iglesia. Si bien la homilía debe ser respetuosa con aquellos que la oyen y por lo tanto debe ser meditada, bien preparada y coherente, la homilía dominical no es un momento para la especulación teológica. Es un acto eclesial sagrado que quiere conducir de la palabra bíblica a la acción eucarística y así nutrir la fe y edificar el Cuerpo de Cristo reunido en oración. Esta sensibilidad eclesial en la predicación litúrgica era una característica de los Padres de la Iglesia, muchos de cuyos escritos existentes son de hecho el registro de su predicación.

La fidelidad al Magisterio de la Iglesia no significa, sin embargo, que la homilía deba ser una afirmación abstracta de la doctrina. El propósito y espíritu de la homilía es inspirar y mover a los que la escuchan, para que puedan comprender con la mente y el corazón lo que los misterios de nuestra redención significan para nuestra vida y cómo nos pueden llamar al arrepentimiento y el cambio. Aquí también podemos encontrar sabiduría en el propio ejemplo de Jesús. Una de las escenas más atractivas de los Evangelios es el encuentro de Jesús con la mujer samaritana en el Evangelio de Juan (Jn 4:4-42), un pasaje

presentado en el Leccionario como apropiado para el rito de preparación de candidatos adultos para el Bautismo.

Juan nos dice que Jesús, camino de Jerusalén a Galilea, pasó por la región de Samaria. Cansado del viaje, se sentó junto a un pozo asociado con el patriarca Jacob. Samaria era un lugar que los judíos solían evitar, pero Juan presenta a Jesús, el Buen Pastor (Jn 10:11), extendiendo sin dudar su misión a esta región. En el momento más caluroso del día, llega al pozo una mujer samaritana. Juan relata cómo el subsiguiente diálogo de Jesús con la mujer samaritana es a la vez desafiante y respetuoso, inquisitivo y sin embargo tierno y lleno de comprensión, mientras el Maestro ofrece a esta mujer el don de la vida divina, el agua viva que por siempre saciará su sed.

Hay dimensiones del encuentro de Jesús con la mujer samaritana que son importantes para la predicación homilética eficaz, especialmente en su dimensión catequética. En el curso de su conversación, Jesús hace una demanda tajante: “Ve a llamar a tu marido y vuelve” (Jn 4:16). La mujer responde sin vacilar que no tiene marido, y Jesús, de manera ingeniosa, casi juguetona, coincide: “Tienes razón en decir: ‘No tengo marido’. Has tenido cinco, y el de ahora no es tu marido” (Jn 4:18). Su juicio moral no podría ser más claro y más directo, pero la mujer puede escucharlo de manera receptiva precisamente por la sensibilidad y el respeto que Jesús le muestra, reflejo del respeto de Jesús por las mujeres ilustrado a través de los Evangelios.

La conversación de Jesús con la mujer samaritana nos muestra que los desafíos morales presentados por la enseñanza de la Iglesia —tales como los de este relato del Evangelio que aborda las delicadas cuestiones de la sexualidad, el matrimonio y las relaciones— pueden ofrecerse y pueden escucharse, siempre que se hagan en el contexto de la promesa de la gracia. Algunos grupos étnicos, por ejemplo, son reacios a hablar abiertamente entre sí acerca de cuestiones sexuales, pero existe la necesidad de hacerlo de manera respetuosa y considerada. El homilista puede inspirar esto ingeniosamente recordando la belleza y dignidad de la sexualidad humana, recordando el respeto debido al propio cónyuge, desafiando el discurso a menudo crudo y explotador acerca de la sexualidad que impregna nuestro mundo contemporáneo, y recordando la enseñanza de la Iglesia sobre el carácter sagrado del cuerpo y el significado del matrimonio.

La mujer del pozo no se intimidó por la disposición de Jesús a confrontar su situación; de hecho, le sacó una palabra de alabanza: “Señor, ya veo que eres profeta” (Jn 4:19). Fueron los modales de Jesús, su deseo de comunicarse

con la mujer y escucharla con respeto, lo que le permitió hablar con ella acerca de las dificultades de su vida.

Este ejemplo del Evangelio de Juan muestra que la predicación de la palabra de Dios debe revelar la gracia de Dios que vivifica y perdona, relacionarse con la experiencia humana con respeto y cuidado, y abordar de manera veraz y adecuada las realidades del pecado y la fragilidad humana. La conversación de Jesús con la mujer en el pozo la llevó a una vida renovada y un sentido de alegría y propósito. Así que la homilía dominical —que incluye inspiración, información e instrucción moral— debe conducir finalmente a la alabanza correcta a Dios, a la verdadera “acción de gracias”, que está en el corazón de la Liturgia de la Eucaristía.

Casi en todas las comunidades parroquiales hay mujeres y hombres que han sido afectados emocional y espiritualmente por una experiencia de aborto. Al recordar a la comunidad la belleza y el carácter sagrado de la vida humana, el homilista debe siempre hacer hincapié en la misericordia infinita de Dios por todos los pecadores, entre ellos los que sufren después de un aborto. Al igual que la mujer del pozo, estas personas necesitan que se les invite a acercarse a la Iglesia sin temor, con el fin de recibir el perdón de Dios y la gracia de la curación.

# III. EL ORDENADO PARA PREDICAR

## El predicador como hombre de santidad

Para predicar el Evangelio auténticamente a la comunidad cristiana, el homilista debe esforzarse por vivir una vida de santidad. En el Evangelio según Mateo, Jesús cuestiona enérgicamente a los líderes religiosos que “dicen una cosa y hacen otra”, los que “hacen fardos muy pesados y difíciles de llevar y los echan sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con el dedo los quieren mover” (Mt 23:3-4). Tratar de evangelizar a través de las palabras y el ejemplo a los que necesitan revitalizar su fe, sin conciencia de la propia necesidad de renovación espiritual permanente, sería en vano. El homilista que, humildemente y con confianza, busca la luz y la inspiración del Espíritu Santo en la preparación de la homilía anuncia la palabra de Dios con mayor claridad, integridad y eficacia. Esto a su vez les permite a él y a los oyentes participar de manera más plena y activa, con más comprensión y auténtica fe, en la Eucaristía.

De hecho, el tiempo dedicado a preparar la homilía debe comenzar con un tiempo fecundo de reflexión y oración. Así como la celebración de la liturgia eucarística misma no es un espectáculo teatral o simplemente una cuestión de los rituales que se lleven a cabo correctamente, tampoco es la homilía simplemente un ejercicio de hablar bien en público. Junto con el estudio y la atención prestada al contenido de la homilía y la forma de su presentación, también debe haber tiempo para la reflexión personal sobre el significado de las Escrituras y el escrutinio de la propia vida espiritual en silencio orante. Como señala el papa Benedicto XVI en *Verbum Domini*, “Se requiere que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado; que se preparen para la homilía con la meditación y la oración, para que prediquen con convicción y pasión”.<sup>45</sup> En este sentido, el evangelizador debe también primero asegurarse de que su propia vida se ha conectado con el poder

---

45 *Verbum Domini*, no. 59.

del Evangelio de Jesucristo. Citando a San Agustín, el papa observa: “Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior”.<sup>46</sup>

Especialmente para el predicador, el compromiso con la oración implica también orar con y en nombre de las personas a las que predica. El verdadero párroco y buen pastor conoce las penas de su pueblo, sus ansiedades, sus debilidades, su capacidad para el amor, sus alegrías duraderas y sus anhelos más profundos.<sup>47</sup> Sólo cuando el homilista, en un espíritu de fe y amor, es consciente de su propia y más profunda experiencia y las de su pueblo, puede predicar persuasivamente a ellos.

## **El predicador como hombre de las Escrituras**

Como alguien cuyo deber es anunciar la palabra de Dios, el homilista tiene que ser necesariamente una persona con un profundo amor por las Escrituras y cuya espiritualidad esté profundamente moldeada por la palabra de Dios.<sup>48</sup> Esto implica ser una persona que habitualmente se sumerge en el lenguaje, historias, ritmos, patrones de discurso y ethos de las Escrituras. Las palabras de la Biblia deben estar rápidamente a mano y con frecuencia en sus labios; debe memorizar pasajes importantes de las Escrituras y tener una comprensión segura de la orientación narrativa de la Biblia entera. Su Biblia debe estar a mano, llevándola consigo cuando viaja o tal vez permaneciendo vinculado a ella por computadora u otra tecnología móvil. Puede llevarla consigo cuando ora ante el Santísimo Sacramento. Además, todos los predicadores deben consultar regularmente buenos comentarios bíblicos, tanto del tipo técnico como del “espiritual”. También se recomiendan las homilías y comentarios bíblicos de los Padres de la Iglesia, especialmente los de Orígenes, San Agustín, San Efrén, San Juan Crisóstomo y San Jerónimo.

Como se señaló anteriormente, un medio particularmente eficaz para sumergirse en oración en los textos bíblicos es la antigua práctica de la *lectio divina*, una disciplina que incluye la lectura atenta y orante de las Escrituras

---

46 *Verbum Domini*, no. 59.

47 Véase CDC, c. 529 §1.

48 Véase *Presbyterorum Ordinis*, no. 4.

y la contemplación acerca de su significado para la propia vida, un enfoque calurosamente recomendado por el papa Benedicto XVI en *Verbum Domini*.<sup>49</sup>

Lo más importante de estos métodos y prácticas es que el predicador aprenda a ver el mundo a través de los ojos bíblicos. Debe convertirse en experto en advertir las analogías entre la Biblia y la experiencia ordinaria para que pueda iluminar esta última mediante el recurso a la primera. El nacimiento de un niño hoy es un eco de la Natividad de Cristo; un tiempo de sufrimiento en el hospital ahora está de alguna manera conectado con el sufrimiento de Jesús en la cruz; la llamada a una vocación escuchada por una mujer joven en una parroquia no es diferente a la llamada del ángel Gabriel escuchada por María de Nazaret; una falla de un ejecutivo de negocios en su integridad hace recordar la falla de los israelitas en el desierto; la lucha por la justicia en nuestra sociedad es apoyada por el grito de protesta de Amos en nombre de los pobres, etcétera. De esta manera las Escrituras dan voz a nuestros más profundos anhelos y aspiraciones.

## El predicador como hombre de la tradición

Junto con un profundo amor por las Escrituras, el homilista también debe tener el conocimiento y la adhesión religiosa a la Sagrada Tradición de la Iglesia y su vínculo esencial con las Escrituras. Desde la perspectiva de la fe católica, la única palabra de Dios se expresa tanto en las Escrituras como en la Tradición de la Iglesia.<sup>50</sup> El beato John Henry Newman dijo que la enseñanza de la Biblia es como una semilla, que gradualmente se ha desplegado en el espacio y en el tiempo.<sup>51</sup> La teología, la espiritualidad, la liturgia, la vida de los santos, la enseñanza formal de la Iglesia, el gran arte, arquitectura y poesía católicos, todo esto constituye el despliegue de la palabra de Dios dentro de nuestra herencia católica. Por lo tanto, la Tradición junto con las Escrituras es una fuente importante a la cual los predicadores pueden recurrir como inspiración.<sup>52</sup> Los predicadores deben tener el *habitus* de la teología: la práctica constante de leer a los maestros teológicos (tanto antiguos como modernos) y meditar sobre las grandes cuestiones de que ellos se ocupan. Deben cultivar

---

49 Véase *Verbum Domini*, nos. 86-87.

50 Véase *Dei Verbum*, nos. 9-10.

51 Beato John Henry Newman, *An Essay of the Development of Christian Doctrine* (New York: Christian Classics Inc., 1968), 80.

52 CDC, c. 760.



un verdadero amor por los escritos de los doctores de la Iglesia y estudiar con afán la manera en que se han desarrollado la vida y la enseñanza de la Iglesia.

## El predicador como hombre de la comunión

La predicación eficaz también implica una comprensión reflexiva e informada de la cultura contemporánea. Los Padres del Concilio Vaticano II hicieron esta observación cuando insistieron en que los líderes de la Iglesia Católica deben estar profundamente en sintonía, no sólo con la Escritura y la Tradición, sino también con los “signos de los tiempos”, señales que provienen del mundo de hoy. Como se señala en el prefacio de *Gaudium et Spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.<sup>53</sup> Este es el espíritu de “comunión” que el papa Juan Pablo II señaló pertenece al ejercicio del sacerdocio: “Precisamente porque dentro de la Iglesia es el hombre de la comunión, el presbítero debe ser, en su relación con todos los hombres, el hombre de la misión y del diálogo. Enraizado profundamente en la verdad y en la caridad de Cristo, y animado por el deseo y el mandato de anunciar a todos su salvación, está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz”.<sup>54</sup>

No sería apropiado que el homilista impusiera a la congregación sus propios puntos de vista partidistas sobre temas de actualidad. Sin embargo, predicar de modo tan abstracto que no revele ningún conocimiento o interés por los grandes problemas económicos y sociales que afectan seriamente la vida de la gente daría la impresión de que las palabras de las Escrituras y la acción de la Eucaristía carecen de relevancia para nuestra experiencia cotidiana y nuestras esperanzas y sueños humanos.<sup>55</sup> Los predicadores deben tener en cuenta, de manera adecuada, qué está viendo su pueblo en la televisión, qué tipo de música está escuchando, qué sitios web le resultan atractivos y qué películas encuentra irresistibles. Las referencias a estas expresiones culturales

---

53 *Gaudium et Spes* (Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual), no. 1.

54 Beato Juan Pablo II, *Pastores Dabo Vobis* (Os daré pastores), no. 18.

55 La doctrina social de la Iglesia es una ayuda indispensable para que el predicador aplique las Escrituras y aclare las implicaciones éticas y morales del orden social y político (véase *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*).

más populares —que a veces pueden estar sorprendentemente repletas de motivos religiosos— pueden ser una forma efectiva de atraer el interés de las personas que están en los márgenes de la fe.

La población de los Estados Unidos está marcada por una extraordinaria diversidad. Incluso dentro de la Iglesia Católica las tradiciones litúrgicas, teológicas y espirituales de las diversas Iglesias orientales católicas son diferentes de las de la Iglesia latina. Sin embargo, todas estas tradiciones de Oriente y Occidente son de igual dignidad y son componentes esenciales de la única Iglesia Católica. Las Iglesias orientales que están en comunión plena suelen ser caracterizadas como “antiguas” y “venerables”, porque se basan de una manera especial en la enseñanza y el espíritu de los primeros Padres de la Iglesia. Los escritos patrísticos son un recurso primordial para el anuncio en las Iglesias orientales; cada una de ellas tiene un tesoro de predicadores excepcionales que comparten la misión común de anunciar la palabra de Dios dentro de la celebración de la liturgia divina.

En los últimos cincuenta años, nuestro país ha recibido un número considerable de inmigrantes de México, el Caribe, América Central, América del Sur, Oriente Medio, Europa del Este, Vietnam, Filipinas, India, China, Nigeria, Uganda, Tanzania y muchos otros lugares. Esta afluencia de pueblos ha hecho de Estados Unidos uno de los países con mayor diversidad cultural del planeta, y un número muy importante de estos nuevos inmigrantes son católicos. La Iglesia en los Estados Unidos se ha beneficiado en gran medida de la riqueza cultural y la diversidad de experiencia que estos nuevos inmigrantes han traído a nuestras costas. En muchos casos, la presencia de católicos asiáticos, latinoamericanos, europeos orientales y africanos ha significado una nueva vida para parroquias que habían estado en frágil situación. Tanta diversidad es a la vez una oportunidad y un desafío para cualquier predicador.

Culturas particulares tienen a menudo sus propias preferencias sobre el estilo de predicación que les resulta más atractivo. Tomemos, por ejemplo, la tradición de la predicación en las comunidades afroestadounidenses.<sup>56</sup> Fruto de un pasado rico y fértil, esta tradición ha madurado hasta convertirse en un estilo y arte concreto de pronunciar una homilía. En la experiencia afroestadounidense de la predicación, el estilo de la homilía suele volverse más interactivo entre el homilista y la asamblea, en que la asamblea hace a menudo una respuesta desde el corazón: “¡Amén!”, “¡Sí, Señor!”, “¡Gracias, Jesús!” Como

---

56 Véase *Plenty Good Room: The Spirit and Truth of African American Worship* (Washington, DC: USCCB, 1990).

nos recuerda *En espíritu y en verdad*: “Tradicionalmente, la buena ‘predicación negra’ es rica en contenido y expresión, se basa en gran medida en el texto bíblico, y recurre generosamente al relato, el canto, la poesía, el humor, la anécdota y el lenguaje descriptivo... La homilía debe permitir a la comunidad rendir culto a Dios con alabanzas y acción de gracias”.<sup>57</sup>

Una vez que ha llegado a conocer las costumbres, usanzas, prácticas, historia y religiosidad de un pueblo, un homilista puede aprovechar esa riqueza con el fin de hacer fresca y vivificante su presentación de la fe. Por otra parte, al examinar una cultura o tradición ritual católica distinta a la suya, puede aprender las diferentes expresiones de la única fe católica, y esto no hará más que mejorar su propia apropiación de la fe y su presentación de la misma a los demás. Aprender un nuevo idioma puede dar una textura completamente nueva a sus palabras e ideas, permitiéndole expresar el misterio del Evangelio de una manera convincente.

Al mismo tiempo, la complejidad cultural plantea un agudo desafío al predicador en el esfuerzo por comunicar la fe a la gente, porque puede que él no comparta su misma educación, historia y presuposiciones. El ministerio pastoral, y especialmente el ministerio de la predicación, desafía al ministro ordenado a tener un profundo respeto por otras culturas y, en la medida de lo posible, a entrar en contacto con otra cultura con humildad, atención y amor profundo. Debe esforzarse, sobre todo, por aprender el idioma del pueblo al que sirve y, lo mejor que pueda, apreciar su manera de pensar, sentir y actuar. Sólo entonces puede predicar de corazón a corazón. Además, nunca debe olvidar que, a pesar de las enormes diferencias entre nosotros en el plano del lenguaje, la práctica, la historia, el estilo de vida y la clase social, seguimos siendo, en la esencia de lo espiritual, uno solo. Todo el mundo quiere alegría en la vida, pero a veces golpea la tristeza; todo el mundo es finito y sin embargo tiene grandes esperanzas y anhelos expansivos; todo el mundo busca amistad, pero también experimenta momentos de soledad y aislamiento; todo el mundo peca; todo el mundo es digno de respeto; y todo el mundo es llamado por Dios. La asamblea litúrgica también tiene un desafío. Debe hacer el esfuerzo extra de escuchar atentamente a homilistas para quienes el inglés no es su lengua materna. Los oyentes de la homilía deben acoger la sabiduría ofrecida por estos predicadores. El homilista que habla a una cultura ajena puede

---

57 *In Spirit and in Truth: Black Catholic Reflections on the Order of the Mass* (USCCB, 2005), no. 35. [Versión del traductor.]

encontrar aliento en la comunión cristiana que él y su pueblo comparten, una unidad destinada a ser celebrada en la Eucaristía misma.

Aunque la población católica en los Estados Unidos ha sido bendecida con muchas culturas diferentes, el sector hispano/latino de la comunidad católica está creciendo a un ritmo particularmente rápido y plantea sustanciales oportunidades y desafíos para la predicación eficaz en este contexto.<sup>58</sup> Muchos católicos hispanos están especialmente sintonizados con el mundo simbólico y sacramental del catolicismo. Los predicadores exitosos que pueden provenir de un contexto cultural diferente harían bien en sumergirse en la religiosidad popular de los hispanos, un mundo en el que María y los santos son venerados con intenso fervor y afecto, y en el que hay una profunda devoción a la Virgen María y el Cristo sufriente. La religiosidad popular no debe ser menospreciada, y el homilista debe aprender de ella y referirse a ella con respeto y sensibilidad.<sup>59</sup> Esto requiere la exposición a los vecindarios o barrios de la gente, sus hogares y asociaciones, e incluso sus países de origen, si es posible. Al igual que con cualquier grupo cultural, la gente aprecia pastores y predicadores que cultivan relaciones personales con ella y demuestran voluntad de ir más allá de su zona de confort y entrar en el mundo del “otro”. En este sentido, el dominio del idioma español es una necesidad urgente. Las oportunidades de experiencias de inmersión pastoral en América Latina también pueden tener un impacto formativo importante. Los seminarios y programas de formación del diaconado permanente son instados a incluir preparación en español y exposición adecuada a las culturas hispanas en sus programas de formación sacerdotal.<sup>60</sup>

De particular relevancia para los predicadores que desean conectarse con estas congregaciones son las serias luchas sociales, económicas y políticas de los hispanos/latinos pobres. La Iglesia en los Estados Unidos, al igual que la

---

58 Véase *Encuentro y misión: Un marco pastoral renovado para el ministerio hispano* (USCCB, 2002) sobre la particular urgencia necesaria para que la Iglesia en los Estados Unidos responda adecuadamente a la creciente población hispana/latina católica.

59 Véanse *Sacrosanctum Concilium*, no. 13; *Lumen Gentium* (*Constitución dogmática sobre la Iglesia*), no. 67; *Marialis Cultus* ([http://www.vatican.va/holy\\_father/paul\\_v/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19740202\\_marialis-cultus\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/paul_v/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19740202_marialis-cultus_sp.html)), nos. 30-31; y *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre la piedad popular y la liturgia: Principios y orientaciones* ([http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/ccdds/documents/rc\\_con\\_ccdds\\_doc\\_20020513\\_vers-direttorio\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20020513_vers-direttorio_sp.html)).

60 “Los seminaristas deberán aprender español y familiarizarse con la cultura hispana. Asimismo, ofrecer al clero y a los religiosos la oportunidad para aprender el español y aprender más acerca de las costumbres, culturas e historias de América Latina. Esto ya no es una opción—es una necesidad” (*Encuentro y misión*, no. 55, 2c); PPF, 5° edición, nos. 172, 182, 189 y 228.

sociedad estadounidense en su conjunto, se caracteriza por una creciente brecha entre los que son pudientes y pueden vivir cómodamente, y una significativa clase trabajadora —muchos de ellos hispanos/latinos— que encuentran cada vez más difícil llegar a fin de mes. Los hispanos se enfrentan a problemas de enormes proporciones, como falta de acceso a educación y atención médica, delincuencia, vivienda deficiente, jóvenes en situación de riesgo y preocupaciones sobre la inmigración. El predicador eficaz deberá conocer y reconocer la lucha de la gente por una vida mejor en los Estados Unidos y en sus países de origen.

Al mismo tiempo, sin embargo, la homilía no debe repetir el discurso cívico o político. Especialmente en el contexto de la Eucaristía, la gente quiere escuchar la palabra de Dios anunciada con firmeza y con reverencia. El predicador tiene éxito si se sumerge en las profundidades de las Escrituras y, cuando corresponda, recuerda historias sobre María y los santos. La gente quiere que el predicador dé testimonio de la presencia y poder de Dios tal como se muestra en los milagros y otras manifestaciones de la trascendencia divina.

Para los grupos inmigrantes —sobre todo hispanos/latinos— un tema importante es el aumento de la tensión entre padres e hijos sobre temas de asimilación. Los predicadores deben ser sensibles al proceso por el cual los padres transmiten la fe a las nuevas generaciones, que a menudo saben poco español (u otra lengua particular de origen). La buena predicación honra la experiencia de las familias inmigrantes y simpatiza con los desafíos de la adaptación a la vida en los Estados Unidos. En este sentido, la predicación debe reflejar una idea de la misión evangelizadora de la Iglesia, que requiere discernimiento cultural basado en valores del Evangelio que van más allá de cualquier cultura particular. Predicar en contextos hispanos/latinos requiere familiaridad con la política de integración eclesial, distinta de la asimilación, que ha sido especificada en documentos de la USCCB.<sup>61</sup> En el contexto de la adaptación a una nueva cultura y forma de vida, predicar entre hispanos/latinos y otras comunidades no europeas se correlaciona con el objetivo global de la Iglesia de comunión en la diversidad. En ciertas circunstancias pastorales, la predicación bilingüe o plurilingüe puede ser una buena opción para asegurarse de que todos en la congregación entiendan la homilía.

La presencia cada vez mayor de sacerdotes internacionales en la vida pastoral de los Estados Unidos es una gran bendición, pero también requiere

---

61 Véase *Encuentro y misión*, no. 38.

esfuerzos sostenidos en adaptación cultural y lingüística, particularmente en relación a la predicación eficaz. Las diócesis y comunidades religiosas deben ofrecer a estos hermanos sacerdotes oportunidades de preparación intensa en idiomas y ayudar en la comprensión de los diversos contextos sociales y pastorales de los católicos en este país.

## **Hablar con respeto y reverencia por los demás**

La oportunidad única para dirigirse a toda una congregación con la autoridad innata del predicador en la homilía dominical también requiere sensibilidad y respeto cuando se habla de otros cristianos o de otras tradiciones religiosas. Un espíritu de respeto basado en un conocimiento profundo de sus tradiciones debe caracterizar las observaciones en las homilías sobre los cristianos ortodoxos o protestantes, con los que disfrutamos de una real, aunque imperfecta, comunión. Después de todo, los cristianos ortodoxos están relacionados con nosotros por “vínculos estrechísimos”<sup>62</sup> por los mismos sacramentos, incluyendo la Eucaristía y el Orden sacerdotal. Los cristianos protestantes también son nuestros hermanos y hermanas en Cristo, a partir de un bautismo común y la reverencia por las Escrituras, y tienen una tradición de predicación de la que tenemos mucho que aprender. Esta identidad cristiana común siempre debe proporcionar el contexto cuando se habla de otros cristianos en las homilías, especialmente al comentar sobre diferencias específicas.

La diversidad de la población estadounidense y las tensiones dentro de la sociedad contemporánea deben también alertar al predicador de la necesidad de respeto y un uso cuidadoso del lenguaje cuando se habla de otras comunidades de fe en la homilía dominical. Una sucesión de declaraciones de los papas modernos y obispos de Estados Unidos, por ejemplo, ha hecho hincapié en la necesidad de evitar cualquier prejuicio o puntos de vista antijudíos o antisemitas en la predicación católica. El anuncio de las Escrituras debe ser, en todo caso, una ocasión para promover el respeto por el judaísmo y la tradición judía, el linaje espiritual del que surgieron Jesús y los Evangelios.<sup>63</sup>

La turbulencia política y la violencia en el Medio Oriente contribuye a veces a prejuicios locales contra los musulmanes en nuestro país. Es

---

62 *Unitatis Redintegratio* (Decreto sobre el ecumenismo), no 15.

63 JPTSS, no. 87; *Nostra Aetate* (Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas), no. 4.

importante recordar a los fieles que, como se afirma claramente en *Nostra Aetate*,<sup>64</sup> la enseñanza papal reciente, y declaraciones de las conferencias episcopales, los católicos están llamados a respetar a los musulmanes. El énfasis en la paz y la paciencia junto con el estímulo para fomentar buenas relaciones con los musulmanes locales es crucial, por lo tanto, al predicar sobre el Islam en cualquier contexto.

Ya sea comentando sobre otras comunidades de fe o en la cultura secular en la que estamos inmersos, la homilía no es un lugar para invectivas amargas, retórica gruesa o estereotipos y caricaturas de las tradiciones religiosas u orígenes étnicos de otros pueblos. El cuestionamiento profético de los falsos valores es una responsabilidad legítima y a menudo necesaria de la predicación que se inspira en las Sagradas Escrituras. Pero el contexto eucarístico de la oración y acción de gracias debe alentar un tono de caridad y respeto en las homilías, incluso cuando se utilicen palabras de admonición o advertencia.

---

64 Véase *Nostra Aetate*, no. 5.

# IV. LA INTERPRETACIÓN DE LAS ESCRITURAS Y LA PREPARACIÓN DE LA HOMILÍA

## **Interpretación de las Escrituras en la comunidad de fe**

La preparación de una homilía eficaz pasa necesariamente por la interpretación de las Escrituras. En el contexto de la predicación, tal interpretación no puede ser simplemente un ejercicio intelectual, sino que debe ser un intento serio de entender las Escrituras a la luz de la fe.

El homilista de hoy tiene acceso a numerosos recursos para este estudio de las Escrituras, incluyendo comentarios, artículos, libros y sitios web de fuentes católicas fiables. Varias editoriales también proporcionan ayudas para la homilía que están orientadas a las lecturas del Leccionario y presentan tanto exégesis de los pasajes bíblicos como pistas para la predicación. Muchos sacerdotes y diáconos utilizan las lecturas del Leccionario como una fuente permanente para su oración y meditación, fusionando la preparación de la homilía con su hábito diario de oración; también para esto han aparecido varios nuevos recursos que ofrecen reflexiones sobre las lecturas del Leccionario, a partir de fuentes tanto patrísticas como contemporáneas.

La Iglesia moderna se ha beneficiado enormemente del método histórico-crítico de la interpretación bíblica, cuyo propósito declarado es entender la intención de los autores humanos particulares de las Escrituras cuando se dirigieron a sus propias audiencias y reconstruir el contexto histórico y social en que se originaron los textos bíblicos. La crítica histórica nos recuerda que la religión bíblica, a diferencia de los sistemas míticos, tiene sus raíces en hechos y personas reales y que Dios se ha dignado revelarse en las realidades y circunstancias particulares de la historia humana. Esto concuerda completamente con la convicción fundamental de la Encarnación. Por otra parte, la recuperación del sentido original de los libros bíblicos en su contexto



histórico permite a la Iglesia hacer a un lado interpretaciones infundadas y extravagantes o eiségesis injustificadas, es decir, leer en un texto un sentido que es del todo ajeno al mismo.<sup>65</sup>

Como ha señalado el papa Benedicto XVI, también es importante acrecentar el uso del método histórico-crítico con otras metodologías legítimas y, sobre todo, con una perspectiva de fe. Explorar un texto bíblico simplemente por su contexto histórico o tratar el texto bíblico desde un punto de vista puramente científico o empírico no es suficiente cuando el propósito, como en la predicación litúrgica, es abrir el significado del pasaje bíblico a la vida cristiana de hoy.<sup>66</sup> La Iglesia ha reconocido tradicionalmente que existe una variedad de enfoques para una interpretación fiel de las Escrituras que se resumen en los clásicos “cuatro sentidos” de las Escrituras.<sup>67</sup> El sentido literal o histórico sigue siendo fundamental, y los otros “sentidos espirituales” deben ser elaborados en relación con este sentido fundamental, que sondea el significado pretendido por el autor bíblico. Pero también se puede ver las Escrituras desde una perspectiva “alegórica”, vinculando los acontecimientos o símbolos bíblicos sobre la base de la unidad de las Escrituras, como ver en el cruce del Mar Rojo una prefiguración de la liberación del pecado efectuada en el Bautismo. El “sentido moral” se centra en cómo los acontecimientos y enseñanzas de las Escrituras nos guían a actuar con justicia, mientras que el “sentido anagógico” reflexiona sobre los textos bíblicos como señales o indicadores de nuestro destino eterno. Estos enfoques fueron un sello distintivo de la predicación patristica, que se caracterizó por un gran amor por las Escrituras como un todo y un profundo sentido de comunión con la Iglesia. Los Padres no tenían los recursos de la exégesis moderna, pero estuvieron en sintonía con los diversos sentidos de las Escrituras en su interpretación, y su predicación tuvo una rica resonancia bíblica.<sup>68</sup>

Del mismo modo, al tiempo que reconoce que las características particulares y perspectiva teológica de un libro bíblico individual es útil, la fe cristiana tiene en cuenta asimismo la totalidad de la Biblia como un texto inspirado y sagrado. Si sólo nos centramos en las diversas voces de los libros

---

65 “El problema de base de esta lectura fundamentalista es que, rechazando tener en cuenta el carácter histórico de la revelación bíblica, se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la Encarnación misma” (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Pontificia Comisión Bíblica [Roma, 1993]).

66 Véase *Verbum Domini*, nos. 35-41.

67 CIC, nos. 115-118; véase también *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, II, A, 2.

68 Véase *Verbum Domini*, no. 37.

bíblicos individuales, podemos perder el sentido de la única voz de Dios que habla coherente y consistentemente a través de todas las Escrituras, sobre todo porque la totalidad de las Escrituras, desde la verdad de la fe cristiana, encuentra su coherencia última en la persona y misión de Jesucristo. Así, los Padres de la Iglesia se deleitaban en la tipología, encontrando prefiguración de acontecimientos en la vida de Jesús o los apóstoles en las grandes figuras y experiencias de Israel en el Antiguo Testamento. Los homilistas de hoy, respetando la integridad del Antiguo Testamento como Escritura, también pueden utilizar con ingenio todo el espectro de la Biblia para transmitir el mensaje del Evangelio.<sup>69</sup>

El Magisterio de la Iglesia, inspirado por la fe y la guía del Espíritu, ve la teología y el dogma no como distorsiones sino como guías interpretativas para clarificar la Biblia, el desarrollo fidedigno del sentido auténtico de los textos bíblicos. En consecuencia, la Iglesia anima a los exégetas y predicadores a acercarse a la Biblia con un agudo sentido de la unidad esencial del texto sagrado, así como con una apreciación de cómo el *Logos*, Jesucristo —expresado y desarrollado teológicamente en el curso de la Sagrada Tradición— proporciona la adecuada lente interpretativa para el conjunto de las Escrituras.<sup>70</sup>

## Preparación para la predicación de la homilía

*Fulfilled in Your Hearing* ofrecen consejos prácticos sobre la mejor manera de prepararse para la homilía dominical, consejos que siguen siendo válidos.<sup>71</sup> Este texto continúa sirviendo como un recurso importante en muchos seminarios, programas de formación del diaconado permanente y programas de educación continua.

La buena predicación homilética comienza y termina con un encuentro con la palabra de Dios. La preparación comienza varios días antes de la liturgia dominical con la atenta lectura de los pasajes bíblicos asignados, escuchándolos con la mente y el corazón y orando sobre ellos en silencio. A continuación debe venir el estudio del texto, tal vez consultando un buen comentario o artículos sobre estos textos bíblicos, estudio que dará lugar a una mayor reflexión. El homilista puede tener que bregar durante un tiempo con los aspectos difíciles de la palabra bíblica, buscando formas en que ésta

---

69 Véase CIC, no. 130.

70 Véase CIC, nos. 128-129.

71 Véase *Fulfilled in Your Hearing*, 29-39.

podría conectarse a la experiencia ordinaria y cómo podría ser anunciada a la congregación a la que sirve el homilista. Luego viene el proceso de elaboración de la homilía de una manera reflexiva, encontrando las palabras correctas, ejemplos conmovedores y metáforas aptas que iluminen en el oyente la belleza y la verdad de las Escrituras, y luego examinando y revisando el texto de la homilía hasta que esté listo. Los buenos homilistas a menudo practican su homilía con anticipación, escuchando cómo suena en voz alta y tratando de predicarla con pasión y fuerza. Finalmente, llega el momento de la predicación en sí. Normalmente, el homilista eficaz no se contentará simplemente con leer un texto escrito de su homilía, sino que tendrá tan interiorizado lo que quiere predicar que el texto o esquema sirve sólo como una ayuda para la proclamación directa de su mensaje. Muchos sacerdotes y diáconos suelen hacer un seguimiento de su predicación buscando amigos de confianza o personal de la parroquia para preguntarles qué impresión causó y qué se podría hacer para que su homilía sea aún más eficaz.

El ministerio de la predicación, como el primer deber del sacerdote ordenado, es digno de este tipo de trabajo duro.<sup>72</sup> Con el tiempo, la preparación cuidadosa y la honesta evaluación asegurarán que el homilista sea más eficaz en la obra vivificante de llevar la palabra de Dios a la gente.

## **Ayudar a los que escuchan las Escrituras y la homilía**

Tal como el homilista debe estar inmerso en el estudio y la reflexión sobre las Escrituras para anunciar el Evangelio fielmente, así también deben los miembros de la congregación que escuchan la homilía hacer lo que puedan para recibir adecuadamente y disfrutar del mensaje bíblico. Para ello, hay numerosos recursos de diversa índole sobre el estudio bíblico orientados hacia el lector laico, incluyendo un número creciente de materiales en Internet y a través de los medios sociales. Los católicos deben ser animados a prepararse de antemano para un encuentro fructífero con la palabra de Dios leída y anunciada en el contexto de la liturgia. Esto significa no sólo un estudio reflexivo de los antecedentes históricos y el contexto de la Biblia, sino también el desarrollo

---

72 Véase *Presbyterorum Ordinis*, no. 4.

de un hábito de la reflexión orante sobre el significado del texto bíblico como se hace en la *lectio divina*.

Además del estudio y la reflexión orante sobre los textos bíblicos, hay otros pasos que la congregación pueda ser alentada a tomar. La celebración litúrgica misma debe acentuar adecuadamente el carácter sagrado y la importancia de los textos bíblicos contenidos en el Leccionario mediante la belleza y el arte del *Libro de los Evangelios*, la reverencia que se muestra durante la liturgia, la eficacia con que las Escrituras son anunciadas, la oportunidad para momentos de meditación en silencio después de haber sido anunciadas, y también el uso apropiado de las Escrituras en el canto sagrado.<sup>73</sup>

## Crecimiento permanente en la predicación

Dada la importancia del ministerio de la predicación para la vida y la misión de la Iglesia, no es una sorpresa que llegar a ser un homilista eficaz, capaz de llevar el mensaje de las Escrituras a la vida de la comunidad cristiana, es un proceso permanente y exigente. En consecuencia, el *Programa de Formación Sacerdotal* (PPF, por sus siglas en inglés) y el *Directorio nacional para la formación, ministerio y vida de los diáconos permanentes en los Estados Unidos* hacen hincapié en la importancia de cursos sobre las Escrituras junto con otras modalidades de formación intelectual y espiritual en la liturgia y dogma de la Iglesia. La preparación para la predicación también debe incluir oportunidades para la práctica supervisada para desarrollar las habilidades del futuro predicador. Los seminarios, escuelas de teología, programas de formación del diaconado permanente y oficinas diocesanas de educación continua para el clero son instados a ofrecer cursos y talleres durante el servicio para sacerdotes y diáconos con el fin de revisar la calidad y la forma de su predicación y encontrar maneras de continuar desarrollando su ministerio de la palabra.<sup>74</sup>

---

73 Véase *Verbum Domini*, no. 66; *Sacrosanctum Concilium*, no. 30; GIRM, no. 56.

74 Véase *Plan básico para la formación permanente de los sacerdotes* (USCCB, 2001).

# CONCLUSIÓN

## María como oyente y portadora de la Palabra

María, la Madre de Dios y Madre del Verbo encarnado, puede servir como ejemplo para los que predicán la homilía dominical. María es aquella en quien “la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido plenamente”.<sup>75</sup> Al oír la palabra, ella escuchó atentamente y respondió sin vacilar con un “sí”. Es por esto que los Padres de la Iglesia, como San Efrén y San Agustín, podían decir que María concibió al verbo en su corazón antes de concebir al Verbo en su seno. María observó los grandes acontecimientos que rodearon el nacimiento de su Hijo, y los atesoró en su corazón. Su respuesta revela un profundo espíritu contemplativo que se esforzó por comprender la voluntad de Dios para ella y el destino de su Hijo (Lc 2:19, 51). En las bodas de Caná, María se dirigió a los servidores de las mesas y en voz baja les instruyó: “Hagan lo que él les diga”, revelando así su intensa atención en Jesús y su docilidad a su palabra (Jn 2:1-12). En su *Magnificat*, la Madre de Jesús habló como su Hijo lo haría, anunciando sin temor la palabra profética (Lc 1:46-55). Por todas estas razones, el papa Benedicto XVI dice: “María es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne”.<sup>76</sup>

Y así llegamos a la conclusión apelando a ustedes, queridísimos hermanos nuestros, que comparten con nosotros esta sagrada responsabilidad de escuchar y anunciar la Palabra. Como todos sabemos, nuestra querida Iglesia enfrenta hoy muchos desafíos y grandes oportunidades. Algunos de los desafíos pueden parecer abrumadores y más allá de nuestra capacidad de abordarlos. Muchos sacerdotes y diáconos se sienten sobrecargados. Sin embargo, somos la Iglesia de Jesucristo, y creemos que el Espíritu que animó primero a aquellos discípulos confundidos y temerosos en el Cenáculo está todavía con nosotros. Puede haber algunas cosas sobre las que poco podamos hacer por nuestra cuenta y tener que dejarlas en las manos misericordiosas y amorosas de Cristo resucitado. Pero nuestro ministerio de la predicación es algo que todos podemos abordar y mejorar. Cada uno de nosotros, sacando fuerzas de

---

<sup>75</sup> *Verbum Domini*, no. 27.

<sup>76</sup> *Verbum Domini*, no. 27.

nuestro pueblo y en comunión con toda la Iglesia, podemos orar las Escrituras con mayor intensidad, podemos preparar nuestras homilías con más atención, y podemos poner toda nuestra mente y corazón en llevar la Buena Nueva de Jesucristo a nuestro pueblo reunido ante nosotros en la Eucaristía. En unión con los obispos de toda la Iglesia, el Santo Padre nos ha animado a hacer de ésta una nueva era de anunciar el Evangelio a nuestro pueblo católico, y de hecho a todo el mundo.

Que nosotros, los ordenados para predicar la homilía dominical, al igual que María que trajo al Verbo encarnado al mundo, conformemos nuestra vida a su Hijo y a anunciar eficazmente la palabra de salvación a todos.



